

Julio Ardila

EN ALTA MAR

Nos encontramos a la altura de la Isla de Cuba. Hace tres días que hemos dejado el puerto de Colón y el Finance hiende con su proa las hondas del Atlántico, marchando con asombrosa velocidad.

Tenemos un tiempo soberbio. Cálidos días refréscalos una suave brisa que nos viene del Norte y mitiga el ardor intenso de los rayos del sol que brilla en un cielo de azur.

Las olas, ligeramente agitadas, apenas alcanzan a imprimir al buque un ligero movimiento, casi imperceptible, que nos llena de un éxtasis profundo.

Las noches son bellas y blancas, alumbradas por una luna admirable que desparrama sus rayos en forma de abanico, por el espacio inmenso, en rezo continuo con las plateadas olas.

Y así navegamos hace tres días, en completa admiración, en una dulce reverie, en medio de la vasta superficie líquida.

Y marchamos, marchamos, marchamos sin detenernos.

Pero al acercarnos a las islas Bahamas el cielo se entenebrece, el tiempo se descompone. Y por la noche, momentos antes de la puesta del sol, el viento se hace más fuerte, las olas se encrespan, y a lo lejos, allá abajo, en la línea imaginaria del horizonte, se ven las nubes remontarse en lo alto cual interminable ejército de negros fantasmas.

De pronto el agua cambia su color azulado por otro de un gris oscuro. El cielo se cubre de un velo opaco y presenta un aspecto triste.

La alegría de los viajeros se apaga, los marineros no entonan ya monótonos cantos; no se oye más que la voz del capitán dando órdenes.

El viento redobra su furor y pasa silbando y haciendo estragos en la arboladura de la nave.

Abajo, el mar ruge con furor, con un furor de fiera a quien le han robado los cachorros.

Toda la armazón del buque se queja, con ayes lastimeros, lanzando dolorosos gemidos, producidos por el golpe de las olas al estrellarse contra la flotante construcción.

Y, sin embargo, en medio de la borrasca, el Finance continúa su marcha con un atroz movimiento de tangagé y de roulis, sin inquietarse de las marejadas que se alzan a su alrededor, cual móviles montañas, en bruscas peripecias.

Ahora el cielo está todo cubierto de negro, de un negro horrible, salvaje, y el viento, que sopla cada vez con más fuerza, lo arrastra todo consigo. El trueno retumba en el espacio.

La enorme construcción naval, que tan fuerte y poderosa parecía cuando navegaba por las aguas tranquilas del mar de las Antillas, parece ahora lo que realmente es, un frágil juguete, una cáscara de nuez, un punto apenas, perdido en la inmensidad del océano.

De pronto el barco vacila y parece haber suspendido su andar. Balancéanse sus mástiles en el aire con gestos siniestros, cual brazos poderosos de un monstruo que pide socorro y protección al Dios de las alturas.

Entre tanto el ciclón se aproxima, la lluvia cae a torrentes, el firmamento parece un extenso campo de batalla en continuo y feroz bombardeo.

Y se empeña la lucha entre el mar, el cielo y el viento contra nuestra frágil embarcación. Lucha feroz, terrible, desigual, en la que vamos a quedar vencidos, anonadados, sumergidos en las profundidades del mar sin fondo.

De repente la proa del buque parece sumergirse para siempre en el agua; luego, levantándose otra vez en lo alto como queriendo amenazar el cielo. Después el barco se bambolea como un borracho, recibiendo por babor y estribor verdaderos baños de agua espumante y fría. Furibundas oleadas inundan la cubierta y golpean con fuerza los vidrios de las ventanas del salón en donde, arrodilladas y con las manos cruzadas, las mujeres elevan al cielo sus últimas plegarias. Al lado de ellas los hombres, silenciosos, las contemplan aterrados, en sus devotas posiciones, con la esperanza de que su fervor religioso ha de salvarlos de la catástrofe final que ven ya cercana.

Fulguraciones continuas iluminan el espacio, seguidas de ruidos prolongados que hacen palpitar con violencia los corazones de todos.

Los pálidos rostros de los pasajeros se llenan de espanto y se cubren de lágrimas, lágrimas desesperantes de personas que ven próximo el fin de su existencia, la entrada sombría en un mundo desconocido.

Minutos más tarde todo queda en tinieblas. Una ola inmensa ha barrido la cubierta, entrado en la máquina y roto la comunicación eléctrica.

El Capitán, sobre el puente, da órdenes imperiosas a los marineros que se apresuran a obedecerlas en silencio, hacha en mano. Se ha ordenado cortar todo el cordaje y tener los botes listos para echarlos al agua.

En un momento de desesperación y, de suprema angustia, manda a uno de sus subalternos que suba a lo alto de un palo mayor y eche abajo todo el velamen, el cual, aunque recogido, era un peligro más.

La empresa es árdua, pero el marino no vacila. Con asombrosa agilidad, sube, y muy pronto se pierde de vista en la oscuridad de esa noche tempestuosa.

Un vivo destello de luz, seguido por un ruido ensordecedor, algo así como la descarga repentina de mil bocas de fuego, deslumbra a la

tripulación. Luego se deja oír un débil grito y se siente el golpe de algo pesado que cae en el mar.

—¡Un hombre al agua!

El rayo al herir el árbol, lo había quebrado en dos, y el desgraciado marino caía al agua, sin sentido, víctima de la disciplina marítima. Se le vió caer a la ténue luz de la linterna de proa, abrazado a un pedazo del mástil roto que en ese instante descubría un gran círculo.

En el acto se echan al agua los botes de salvamento y el resto de la tripulación lucha ferozmente contra las salvajes olas para salvar a su compañero; pero todos sus esfuerzos son inútiles. La oscuridad de la noche apenas les permite distinguir los objetos más cercanos.....

Como a media noche dejó de caer la lluvia, el viento calmó un poco, dejó de retumbar el trueno en el espacio, apaciguóse el mar y el cielo principió a aclararse.

Al siguiente día el Sol apareció resplandeciente. La tempestad había cesado por completo. Todo había vuelto a su estado normal y los marineros se apresuraban a reparar las averías causadas a la nave.

Pero a las ocho de la mañana, cuando se pasó la lista de los hombres que componían la tripulación, se oyó pronunciar un nombre al cual nadie contestó.

—¡Francis Taylor! repitió el Capitán..... y hubo el mismo silencio.

El no podía responder a su llamamiento. De esa lista desaparecía su nombre, como él mismo había desaparecido en las negruras de la noche aquella, para sepultarse en las tinieblas de la noche eterna.

José de la Cruz Herrera

(1876)

### LOS NIÑOS

Abrele a la golondrina  
Las puertas de tu morada.  
Abre, que no son ancianos  
Sino niños los que llaman.

En los tiempos clásicos de Grecia se cantaba en la isla de Rodas una canción sencilla y tierna que no leemos jamás sin repetida emoción de dulzura y redoblada admiración por los augustos misterios de la naturaleza y por la hermosura con que todos los grados de la vida se enlazan naturalmente con símbolos perfectos. Es un canto con olor de primavera en que hablan las golondrinas por la boca de los niños. A su parte final pertenecen los versos que hemos puesto como epígrafe de este artículo, según la traducción de don Federico Baraibar.

Un poeta español de la primera mitad del siglo pasado, don Pablo Piferrer, dice también en su bellísima **CANCION DE LA PRIMAVERA:**

¿La oís que en los aires trina?  
Suenen la gaita-rueda la danza:  
—“Abrid a la golondrina,  
Que vuelve en alas—de la esperanza.”

Hemos repasado en la memoria estas joyas del arte al ver a los chicos de las escuelas volver después de su descanso con la garrulería y la ligereza del ave, en alas de la esperanza, y con el derecho ingénito de la niñez, a pedir se les abran de nuevo las puertas de la sabiduría. Era, ni más ni menos, una bandada de golondrinas que venían a anunciar la perpetua renovación de la naturaleza.

Este renacer constante es quizás el arcano más fecundo y el símbolo más significativo de toda la naturaleza física. Parece como que ella quisiera con solicitud de madre y empeño de maestra mantener a nuestros ojos la vívida lección de la labor a que estamos obligados como condición indispensable para obtener la corona inmarcesible del

triunfo: batalla en que la muerte queda subyugada por el aliento poderoso de la vida.

En esta simbólica enseñanza de la Providencia los niños representan un papel preponderante, y guardan en su misión de resucitar la vida de entre los despojos de la muerte, matemática y al mismo tiempo poética analogía con el verde prado y la tibia brisa, los capullos de las hojas y las flores en botón, los suaves aromas del abril y las golondrinas que ya rasan la dura tierra, o se elevan raudas y se esconden entre las nubes: en una palabra, como la primavera es la triunfal sonrisa de la naturaleza, los niños son el halago más tierno y la más dulce esperanza de la humanidad y de la patria.

Ellos piden que les abráis las puertas. Abrid a la golondrina ¡oh maestro! Pero guardaos de cortar las alas de que Dios las dotó como esencial condición de su vida, guardaos de secar la fuente de sus trinos y de sus cantos, cuidado con extinguir la llama de su esperanza.

## Darío Herrera

(1877 — 1914)

### LA ZAMACUECA

En Valparaíso, el 18 de septiembre. La ciudad, toda ornamentada con banderas y gallardetes, vibraba sonoramente, en el regocijo de la fiesta nacional. La población entera se había echado a la calle, para aglomerarse en el malecón, frente a la bahía, donde los barcos de guerra y los mercantes—engalanados también con las telas simbólicas del patriotismo cosmopolita—simulaban arcos triunfales, flotantes y danzantes sobre el oleaje bravío. En el fondo, por encima de los techos de la ciudad comercial, asomaban las casas de los cerros, cual si se empinaran para atisbar a la muchedumbre del puerto. Las regatas de botes atraían a aquella concurrencia heterogénea. Y, en la omnícromía de su indumento, ondulaba compacta y vistosa bajo el sol primaveral, alto ya sobre la transparencia del azul.

Con el inglés Mr. Litchman, mi compañero de viaje desde Lima, presencié un rato las regatas. Los rotos, de piel curtida, de pechos robustos y brazos musculosos, remaban vertiginosamente; y al impulso de los remos de los botes, saltando, cabeceando, cortaban, con celeridad ardua, las olas convulsivas.

—¿Hay bailes hoy en Playa Ancha?—me preguntó Litchman.

—Sí, durante toda la semana.

—Entonces, si le parece, vamos..... Son más interesantes que las regatas..... Estos hombres no saben remar.....

Un coche pasaba, subimos a él. Salvamos rápidamente las últimas calles del barrio sur, y seguimos por una calzada estrecha, elevada algunos metros sobre el mar. El sol llameaba como en pleno estío, y ante el incendio del espacio, la llanura oceánica resplandecía ofuscante refractando el fuego del astro. Al mismo tiempo, soplaba un viento marino, glacial por su frescura; y así el ambiente, dulcificado en su calor, amortecido en su frío, hacía grato como un perfume. A un lado, abajo, el agua reventaba, con hervores estruendosos, con sonoras turbulencias de espuma. Al otro, se alzaba, casi recto, el flanco del cerro, a cuya meseta nos dirigíamos; y lejos, en la raya luminosa del horizonte, se perdía gradualmente la silueta de un buque.

El coche llegó al término de la ruta plana, e inició luego el ascenso de la espiral laborada en el costado del cerro. Ya en la meseta, con amplitud de valle, apareció en toda su magnificencia el paisaje, prestigiosamente panorámico. Frente el mar, enorme extensión, todo rizado de olas, reverberante de sol, atrás la cordillera costeña, recortando sus cumbres níveas en la gran cumbre del firmamento; a la izquierda, próxima la playa de arena rubia, y a la derecha, con su puerto constelado de naves, con su aspecto caprichoso, con su singular fisonomía, Valparaíso, alegre hasta por la misma asimetría de su conjunto, y radiante bajo el oro del sol.

En la meseta, al través de los boscajes, vestidos por la resurrección vernal, aparecía una extraña agrupación de carpas, semejante al aduar de una tribu nómada. Detrás, dos hileras de casas de piedra constituían la edificación estable del paraje. Y de las carpas y de las casas volaban ritmos de músicas raras, cantares de voces discordantes, gritos, carcajadas: todo, en una polifonía estrepitosa. Cruzamos, con pasos elásticos, los boscajes: bajo los árboles renacientes encontrábamos parejas de mozos y de mozas, en agrestes idilios, o bien familias completas, merendando a la sombra hospitalaria de algún toldo. Nos metimos por entre las carpas: al rededor de una, más grande, se apretaba la gente, en turba nutrida, aguardando su turno de baile. Penetramos. Dentro, la concurrencia no era menos espesa. Hombres, trajeados con pantalones y camisas de lana, de colores oscuros, y mujeres con telas de tintas violentas, formaban ancha rueda, eslabonada por un piano viejo, ante el cual estaba el pianista. Junto al piano, un muchacho tocaba la guitarra y tres mujeres cantaban, llevando el compás con palmadas. En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos saturaban el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra, tendida sobre el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gañán de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar del "roto," mezcla de campesino y mariner. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera bronceada destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarilla; el busto envuelto por un pañolón chino, cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blanca, la danza le encendía, con tonos carmíneos, las mejillas. En sus ojos garzos, circuidos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histerias; y con la boca entreabierta y las ventanas de la nariz palpitantes, exhalaba ávidamente el aire, como si le fuera rebelde a los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos a los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se retiraba-

ba, se encogía, se cimbraba, erguía, vibraba, se retorcía, aceleraba los pasos, imprimía lentitudes lánguidas, tenía contorsiones bruscas, actitudes epilépticas, gestos galvánicos; o se mecía con balanceos muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebotante de voluptuosidad turbadora, de incitaciones perversas, voltejaba ante los ojos como una fascinación demoníaca.

¿De qué altura social, por qué misteriosa pendiente descendió aquella hermosa criatura, de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos o recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, a quien desequilibrios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica, que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo a la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó a estos pensamientos:

—Voy a bailar..... me gusta mucho la zamacueca..... y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré; su semblante permanecía grave, y sus grandes ojos celtas contemplaban a la bailadora. Sacó un pañuelo escarlata, traído sin duda para el caso, y adelantó hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el "roto," cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo a Litchman, quien sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza..... Pero el suplantado, de un salto, se le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

—Hoy no dejó que me la quite..... Acaso la traigo para que usted.....

No pudo concluir al frase: el brazo de Litchman se alzó y tendióse rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del "roto." Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtióse en un grupo, arremolinado al rededor del caído. Ya Litchman, impasible siempre, estaba junto a mí y nos preparábamos para salir, cuando, agudo, brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente, y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como enclavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía de ser grande; pero desaparecía bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el "roto," con voz silbante como un latigazo, le gritó a aquella faz desfavorida y sangrienta:

—Creías, pues, que sólo yo iba a quedar marcado.....

## Rodolfo Aguilera

### EL GENERAL JOSE DE FABREGA

Entre los ilustres ciudadanos que contribuyeron a la emancipación del Istmo, merece figurar en primera línea don José de Fábrega, caballero de alto prestigio social y de considerable fortuna que llegó a ser Coronel de los ejércitos españoles en el Istmo. Fábrega, descendiente de una distinguida familia española, nació en la ciudad de Panamá, por cuya felicidad demostró siempre interés y celo.

El anhelaba la emancipación de su patria y sólo esperaba que se presentara la ocasión propicia para verificarla, hasta con el sacrificio de la vida.

En el Istmo, como es sabido, era de todo punto imposible proclamar la independencia, debido a las numerosas tropas realistas que guardaban la plaza y la carencia total de elementos de guerra, por parte del pueblo.

Cuando en 1819 los patriotas del país comenzaron a trabajar activamente por la libertad, Fábrega cooperó de modo eficaz, y todos sus conatos se dirigieron a ver el Istmo redimido de la tiranía.

Era Capitán General del Nuevo Reino de Granada, el General Mourgeón; el 22 de Octubre de 1821 salió de Panamá para Quito, llevándose una parte de las tropas que guarnecían nuestra ciudad. Mourgeón antes de partir ascendió a Coronel a Fábrega que era hasta entonces Teniente Coronel, y lo dejó encargado provisionalmente de la Jefatura de la Plaza.

Fábrega vió llegado el momento de servir a la patria y venciendo grandes dificultades y exponiendo su vida en tan temeraria empresa, convocó en seguida, en Junta General, a todas las corporaciones civiles militares y eclesiásticas, con el fin de exponerles la gran agitación que conmovía al país y procurar su independencia. Los ciudadanos se congregaron en la Casa de Cabildo, custodiada por una inmensa muchedumbre que daba vítores a Fábrega y a la libertad. Las tropas españolas discuten entre sí lo que habían de hacer; jefes y soldados hubo que indignados ante la idea de una capitulación prefirieron salir del país y regresar a España para no volver jamás. Al fin triunfó la idea de libertad y ante la actitud imponente de nuestros próceres las tropas realistas se sometieron muy a su pesar.

Era Fábrega de muy noble corazón y por eso, viendo ya a los es-

pañoles sometidos, lejos de permitir que se les infiriera ningún agravio, les proporcionó pasaportes hasta la isla de Cuba y les sirvió con su dinero. Fábrega comprendía lo arriesgado de su empresa y aunque sabía que Bolívar estaba próximo a mandarle una expedición en su auxilio, la demora de esta le producía grandes amarguras, temiendo que los españoles regresaran al Istmo a atarlo nuevamente con las cadenas que él y sus egregios compañeros habían sabido romper; y para mayor angustia, el 4 de Diciembre, esto es, a los seis días de proclamada la independencia, se presentaron en el golfo del Istmo las fragatas de guerra española "Prueba" y "Venganza," comandadas por los jefes realistas don José Villegas y don Joaquín Soroa. Fábrega siempre entusiasta por la libertad de su país, se preparaba para rechazar al enemigo, y el pueblo istmeño rodeaba a aquel altivo ciudadano como a su primer benefactor. Fábrega era hombre de mucho patriotismo y le entristecía la idea de perder la obra llevada a cabo de un modo tan glorioso como raro. El pueblo istmeño estaba desarmado y no faltaban además gentes españolizadas que anhelaban estar nuevamente bajo el régimen colonial. Al presentarse, pues, las fragatas de guerra expresadas, Fábrega hizo esfuerzos grandísimos empleando su prestigio social y su fortuna para conseguir, como consiguió, por un convenio, que se le entregaran las dos fragatas a las autoridades republicanas de Guayaquil. Luego que el ilustre caudillo hubo conseguido la entrega de esas naves enemigas, se consagró, como Jefe superior del Istmo nombrado por sus compatriotas, a organizar un ejército que pudiera contrarrestar las fuerzas españolas en caso de amenazas futuras.

Tantos esfuerzos patrióticos, tanta perseverancia ejemplar, le dieron a Fábrega renombre de gran ciudadano. El Libertador al saber la transformación política del Istmo se apresuró a felicitar a los ilustres patricios que la llevaron a cabo.

J. J. Méndez

### ABISMO DE PASCAL

Genio extraordinario, carácter excepcional, Pascal vivía constantemente sumido en las más profundas meditaciones filosóficas y religiosas. La idea que parece predominar en sus PENSAMIENTOS—pequeños fragmentos trazados sin orden — es la idea del abatimiento y de la miseria del hombre cuando le hace falta Dios, cuando se resiste con todas sus fuerzas contra la naturaleza y contra sí mismo. Cousin ha hecho una apreciación motivada de este pensador extraordinario, de este Montaigne convertido, que reúne sus energías para aniquilar la razón y que no escapa del escepticismo sino mediante una gran lucha sostenida para alcanzar una fe que lo mantiene sin embargo en la duda. De ahí ese decaimiento que se observa en los espíritus más sanos y las inteligencias más vigorosas: Sócrates tenía un demonio familiar; Bruto vió un fantasma la víspera de la batalla de Filipos; Pascal en la última época de su vida—y murió muy joven—fué atormentado por una singular visión: creía ver constantemente a su lado abrirse un abismo en el cual debía perecer, y aún cuando siempre tuvo el cuidado de colocar cerca de sí una silla, con el propósito de convencerse de que la imaginación le inducía al error, no logró alejar completamente de su espíritu tan extravagante alucinación cuyo origen lo atribuyen algunos historiadores a un accidente sufrido a orillas del Sena, que casi pone término a su vida. La salud de Pascal se hallaba algo quebrantada; los médicos le aconsejaron que buscara las distracciones que el mundo ofrece y deleitarse en ellas. El juego, las reuniones y tertulias le sedujeron y sintiéndose feliz con ese nuevo régimen de vida iba ya engolfándose en las costumbres de la época, cuando la súbita impresión que le causara el suceso imprevisto de Neuilly le hizo volver en sí. Paseábase un día en coche tirado por cuatro caballos, cuando de pronto encabritándose éstos arrastraron el coche hacia el río, cayendo en él dos de los caballos. Reventadas las correas de los arneses, el coche logró detenerse y los viajeros no sufrieron más que la natural emoción producida por el temor de una muerte instantánea y casi segura.

“Este accidente, dice Geruzés, impresionó hondamente a Pascal, pues la muerte le amenazaba precisamente en el momento en que, entregado por completo a las fiestas y a los placeres, su alma distaba mucho de hallarse en gracia de Dios. El abismo al borde del cual fué de-

tenido como por milagro, era para él la imagen de la eternidad; desde entonces vió siempre delante de sí esa profundidad del infinito en la cual iba a ser precipitado. He ahí lo que los hombres han llamado su visión y acaso su locura. El abismo a todas horas presente, era la idea de la eternidad, pensamiento austero y sublime que le sirvió de guía durante el resto de su vida y que dirigió todos sus actos teniendo en perspectiva la muerte siempre incierta pero inevitable." En vano, dice él, los hombres tratan de apartar el pensamiento de esa eternidad que los aguarda, como si pudieran impedirla olvidándola; ella subsiste a pesar de los que así razonan, avanza, y la muerte que debe abrirle paso les pondrá infaliblemente en el horrible trance de ser eternamente confundidos o desgraciados"

Julio Arjona Q.

(1878)

## COSTUMBRES DE MI TIERRA

(La Junta)

Y el día tan anunciado para la "junta" llegó al fin.

La casa de Plácido, que es el convidador y dueño, es la única posada donde llegan los trabajadores, y tan atestada está ya de gente por la mañana, — porque de los "Caseríos" circunvecinos también han concurrido los buenos y viejos amigos,—que ha habido la imperiosa necesidad de construir, muy a la ligera, una espaciosa ramada para colocar allí las monturas, otros enseres y la ropa limpia que llevan los peones para mudarse a su regreso del trabajo.

Día de lucha, de labor asidua, es ese de la "junta" para la familia de la casa, pero con todo, esos felices moradores allanan siempre sus dificultades, porque es costumbre que las doce o quince muchachas sanas, robustas, coloradas y hacendosas, hijas de los vecinos compadres, se entreguen de lleno al trabajo de la cocina, y hagan brotar en grandes cantidades, como de un cuerno en abundancia, el obligado "sancocho, el arroz, el "bienmesabe," los quesos y leche, lechonas, pavos y gallinas, la chicha de maíz o de nance, fuerte que pique y dulce, la leche cortada con miel y grandes rimeros de tortillas de maíz blanco o amarillo, de formas redondas que hacen en las cazuelas, y otros chquitas en forma de media luna, con ondulaciones por la orilla, que llaman "quinbas," las mismas que, con una recitación chispeante, ofrecen las enamoradas a sus novios, cuando, ya moribundo el día, regresan los trabajadores a la casa del dueño de la "junta" para comer en reunión.

Los capitanes,—así los titulan—peones sobresalientes a quienes el dueño de la "junta" distinguió con un "lujoso" bastoncito que adornan con cinta de a cinco centavos pieza, y con papel de colores muy fino, han llegado ya con sus gentes, y se nota ahora en la habitación, ayer tan triste, verdadera plétora de humanidad. Desayunados los convidados, desfilan alegres, machete y "gancho" en mano, por el camino del cercano pero muy extenso maizal. Cada capitán, como es de rigor, coge la gente que trajo, los coloca de dos en dos a trabajar de "pique", y la desyerba que se emprendió horas antes,—y que en un año no ha-

bría podido concluir el pobre campesino dueño de la sementera,—queda en un santiamén hecha, con viva satisfacción de los bondadosos concurrentes.

Una algarabía ensordecedora ha sido el complemento de esa reunión, porque no es sólo lo que hablan los convidados con alto diapasón que es de estilo entre ellos, sino ese grito rudo y constante que es de moda mientras trabajan y descansan, esa ¡ahúa.....! ¡ahúa.....! ¡ahúa.....! que remeda fielmente el gruñido de mil leones enfurecidos, grito que, en la espesura de aquellos montes, repercute como un trueno de Octubre, que se extingue luego perezoso y lastimero. ¡Varias veces oyendo atónito ese grito, he pensado que él es acaso el himno majestuoso que aun la ignorancia y el atraso elevan en aquellas selvas al trabajo ennoblecedor!

Y sin que en todo el día les haya faltado a los trabajadores el consabido “anisado y seco” de caña, llega la hora de la comida, y no todos “arriman” de una vez a la mesa, — porque algunos mejor que hambre, tienen sueño, y duermen tranquilos, a la sombra de un árbol, la “mona” que les brindó el uso excesivo del aguardiente, o del vino de palma que también es por ellos muy saboreado.

Reina alegría general durante la comida, si aquélla no es interrumpida por alguna gran pelea al puño, al garrote o al machete. Surgen de allí hasta amoríos sagrados que solemniza después el Santo Sacramento del matrimonio en la iglesia de la lejana parroquia; y pasados los históricos brindis de las “quimbas,” las recitaciones y aun los cantos, y cumplidos los deberes de cada cual como le ha sido posible, todos se despiden del dueño de la “junta,” a quien dejan enorgullecido por haber terminado oportunamente su trabajo, y siguen el camino que los ha de llevar a sus respectivas casas, a pie o caballo, por la vereda ya oscura, porque volvió la noche, “viviendas” que demoran, algunas hasta tres leguas del lugar de reunión.

El señor Plácido, su señora, hijos, “que ya ganan peones,” e hijas, cada cual por su lado, manifiestan a los que se despiden sus más vivos agradecimientos por los servicios que les han prestado, y les insinúan, a los que se van, que será motivo de eterno resentimiento para ellos, si no les avisan cuando tienen “juntas” para concurrir gozosos a pagarles el peón ese día ganado.

Sólo así, ese honrado padre de familia que en el caserío de “El Jazmín” en un Municipio de la Provincia de Los Santos, vegeta y verá al cabo extinguirse su humilde existencia envuelto en la más exagerada virtud; sólo así el señor Plácido, esa alma nobilísima y generosa, dispuesta a toda hora a hacer el bien, allá en el corazón mismo de esos apartados montes; sólo así esa ignorante pero honorable familia, que si intemperie no sufre es acaso por el ramaje frondoso de los caimitos, naranjos, guabos y cedros que crecieron silvestres en el sitio donde levantó su albergue pajizo; sólo así, repito, ese olvidado hogar que experimenta el mal crónico, casi irresistible, del terrible paludismo de la miseria, pudo ver crecer lozano y producir abundantísimo fruto el cer-

cano y extenso maizal, y vió también, por aquel medio, a sus otras se-  
menteras enriquecer con abundantes granos sus trojes, que les sirvie-  
ron para atender al sustento de la familia durante el año.

¡Bendito sea mil veces el poder de las “juntas” en mi tierra, que  
siempre ha sabido salvar al pobre campesino de hundirse en el negro  
abismo de abominables delitos!

¡Bendito sea ese poder de las “juntas” en mi tierra, que conserva  
incólume, matando el hambre, el brillo deslumbrador de la virtud de la  
virgen campesina, allá donde si hay flores, crecen también las del do-  
lor, donde si existe dicha, también se derraman lágrimas, donde si sur-  
gen ilusiones, éstas guardan profundo mutismo, donde si el amor luce,  
es brote espontáneo del corazón, no impetuosas, como en los centros  
civilizados, las corrientes de los placeres degradantes!

Guillermo Andreve

(1879)

### SOBRE EL AGUA

Como me lo temía, ha sido necesario suspender el concierto y la tómbola. El viento comenzó a arreciar a eso de las seis de la tarde, y a las ocho no había quien no estuviese metidito en su camarote, mareados unos, llenos de espanto otros, y todos con el temor, más o menos grande, de lo que pueda pasar.

El buque se agita descompasadamente, con sacudidas violentas y desordenadas. Pareciera que sus piezas se hubieran aflojado y que se movieran según el capricho del viento, que se cuela por las ojivas y por las rendijas, a ratos mansamente, a ratos con ímpetu furioso, y como si viniera unas veces de arriba, descendiendo de los palos por las jarcias, otras veces de abajo, subiendo de las bodegas o de los abismos del mar, gimiendo o murmurando o rugiendo o bramando. A la verdad, me siento sobrecogido, agobiado, empequeñecido ante su furia, a pesar de conocerla bien, porque muchas veces me ha azotado, ya en alta mar, ya en las riberas; ora en los valles, ora en las montañas; bien en las ciudades en donde se agitan los vivientes, bien en los cementerios en donde se transforma la materia humana. Pero en todas las ocasiones me ha producido igual impresión: la de lo infinitamente pequeño a merced de lo infinitamente grande.

En realidad, ¡cómo sopla el viento, cómo sopla! Yo le he escuchado en las llanuras formar un sólo rumor al herir la hierba que se doblega mansamente, produciendo un espectáculo curioso, ya que desde lejos parece que el viento corre y se agita, y va y viene en el confín. Imaginaos la imponencia que revestirá el espectáculo al caer de la tarde cuando el sol declina desmayado y amarillento; cuando el paisaje adquiere un tono melancólico, y las aves y los brutos y los hombres que ansían paz y reposo no pueden alcanzarlos, sino antes bien, angustia y zozobra.

Yo he oído, al amanecer, en las riberas del mar, mientras las olas se empujan, parecen encabritarse y vienen a romperse furiosas en los acantilados o a deshacerse impotentes, convertidas en espuma, sobre la arena de las playas. El viento sopla entonces con un sordo rumor, con el rumor que produce el eco en las viejas catedrales y en los subterráneos muy sonoros. Parece que quisiera arrebatarnos nuestros sueños

y nuestras esperanzas y mostrarnos que la vida es sombra y misterio, problema insoluble, o por lo menos de harta difícil solución.

¡Cómo sopla el viento, cómo sopla! Yo lo he escuchado en las montañas, agitando ruidosamente los árboles, haciéndolos chocar unos contra otros, doblegándolos, rompiendo sus ramas, echando a volar hojas y astillas, desarraigando sin piedad árboles nuevos y árboles viejos como un gigante, poseído de furiosa locura, abajando las nubes hasta confundirlas con la arboleda, fingiendo un súbito desplomarse del firmamento, una tragedia horrorosa y definitiva. Hay entonces como un sordo gemir de la naturaleza entera, como si quisiera espantarnos con su grandeza, como si los astros y los espacios giraran en torno nuestro en arrebatado torbellino, majestuoso y sonoro.

¡Cómo sopla el viento, cómo sopla! Yo lo he escuchado en madrugadas de angustia, en alta mar, mientras cielo y agua formaban una sola masa sombría, silbar entre las jarcias un estribillo monótono, para terminar en una sinfonía loca y desesperada, como si seres diabólicos hicieran sonar instrumentos endiablados y bailaran, gritaran, auullaran en los aires y se complacieran en hacernos objeto de sus burlas y sus iras. Furioso el mar, rugiente el viento, negro el espacio, el temor y el espanto se apoderan de todos los espíritus. Se siente como una infernal batahola, y parece que del trágico horror de esos momentos no podremos libertarnos. Es como una pesadilla monstruosa que nos embarga y domina, y nos parece ser víctimas de la cólera de algún ser superior, cruel y vengativo, que desatara contra nosotros sus legiones sombrías y destructoras.

¡Cómo sopla el viento, cómo sopla! A veces pareciera que, cansado, ha depuesto su furor. Silba entonces suavemente; llega hasta cesar de soplar: es un respiro que se toma; agotados sus bríos, quiere cobrarlos de nuevo, y nos engaña meciéndonos con la esperanza de que su furor ha cesado. Pero de pronto, como si una formidable reunión de piezas de artillería se pusiera a disparar a un tiempo, se oye un estruendo horrísono y comienza de nuevo la interrumpida y endemoniada zarabanda. El buque baila sobre las olas como un frágil leño; ruedan sobre cubierta todas las cosas con sordo rumor; se oyen voces confusas, murmullos, risas locas, gritos, ayes, lamentos, carcajadas, y parece que entre las sombras se agitaran, se acercaran, se alejaran, para volver de nuevo a acercarse a rodearnos, a espantarnos y a reirse de nuestro espanto, seres macabros, hijos de la pesadilla y del miedo.

¡Cómo debe soplar el viento, cómo soplará, en las heladas regiones, en donde sobre el blanco sudario de la estepa no hay señales de vida, en donde el frío hiere y entumece y mata! ¡Cómo debe llevarse en su vertiginosa carrera el blanco polvillo de la nieve para irlo amontonando caprichosamente aquí o allá y endurecerlo luego hasta formar esos terribles "icebergs" cuyo encuentro es casi siempre fatal! El viento en el polo ha de ser terrible como la muerte, frío e insensible como ella.

¡Cómo sopla el viento, cómo sopla! Yo lo he escuchado en un viejo cementerio azotar los pinos y los sauces y arrancarles notas quejumbrosas, como si los muertos se quejaran de su destino, o mejor, como si lloraran por el de los que han dejado en el mundo, sujetos a sus miserias y tristezas. El lugar, la hora, el estado de mi ánimo en ese momento, todo me inspiraba pensamientos sombríos. No alcanzaba a comprender el objeto de la vida, y llegué a pensar si sería mejor no haber nacido, o, de nacer, si la dicha mayor no sería morir joven, antes que el dolor y el desengaño hubieran llenado de canas la cabeza y de heridas el corazón.

La suave brisa que mueve los árboles, que riega el aroma de las flores, que nos trae el murmullo del arroyuelo y los efluvios del bosque, que prolonga el eco de una dulce canción, que es acariciadora y juguetona, tórnase, cuando se enfurece, en ciega y sorda y cruel. Y hace horribles destrozos, ya en las llanuras o en las playas, ya en las montañas o en alta mar, ya en el polo o en el trópico, en las ciudades y en los campos, entre los vivos y entre los muertos, y agosta, hierde, destroza, arranca y mata con increíble furor. Y ora es el simún en el desierto, o la tempestad en las montañas, o el huracán en los valles, o la borrasca en el mar, o todas estas cosas a la vez, simún y tempestad, huracán, borrasca, tromba y aquilón, cuando se desata en los corazones o cuando estalla en los cerebros.....

Carlos L. López

(1879)

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA TOMA DE POSESION  
DEL PRESIDENTE CHIARI

Señor Presidente:

Muy poco tiempo ha transcurrido desde el día en que, en mi carácter de Presidente de la IX Convención Nacional del Partido Liberal, al felicitaros porque habíais sido escogido como Candidato del Partido a la Presidencia de la República, para el período de 1924 a 1928, os vaticinaba que muy pronto llegaría para vos el momento de las grandes reparaciones. Hoy, por una feliz coincidencia del destino, en mi caldad de Presidente de esta augusta corporación, cábeme el honor —tan inmerecido como grato para mí— de proclamar en forma solemne el cumplimiento de ese vaticinio, que si aquel tiempo significaba una fundada esperanza, es en este momento hermosa y completa realidad.

Yo siento, señor Presidente, que el júbilo que rebosa en mi corazón al daros posesión del más alto puesto de la República, es apenas un débil reflejo de la alegría inmensa que reina hoy del uno al otro extremo de la Nación, cuya grande y abrumadora mayoría ha deseado ardientemente—desde hace mucho tiempo—veros una vez más ocupando el solio que honraron con sus luces y su patriotismo Amador Guerrero y Pablo Arosemena, Domingo Obaldía y Carlos A. Mendoza, y el cual acaba de abandonar el caudillo más prestigioso, el Jefe más respetado y el mandatario más constructivo que ha tenido este país.

Pero así como debe ser halagador para vos haber llegado al Poder por el voto casi unánime de los pueblos del Istmo, también deberéis tener en cuenta que es más ponderosa la carga que el querer popular acaba de echar sobre vuestros hombros. Si arrollador ha sido el esfuerzo nacional en su determinación de colocaros en esta alta posición, más delicada y más difícil ha de ser también la tarea a que desde hoy vais a dedicar todas vuestras energías. El pueblo panameño confía, sin embargo, en que habréis de salir airoso en la ardua labor que os ha encomendado, porque conoce vuestra rectitud, vuestro talento, vuestra honradez inmaculada y, sobre todo, vuestro gran patriotismo, llama santa

cuya lumbre ha de iluminar y dirigir todos vuestros actos y todas vuestras decisiones.

Ahora, señor, permitidme que haga aquí, siquiera sea en forma sintética, algunas reflexiones acerca de los asuntos que más interesan al país, y de lo que éste espera de vuestra Administración.

Los graves problemas de carácter internacional que confronta es-

sarrollo material y la prosperidad efectiva de la República, serán un hecho indubitable. Y cuando el maestro de escuela haya llevado la antorcha del saber a los últimos rincones del territorio panameño, podremos asegurar que el porvenir de la Patria ha quedado asentado sobre bases inconvencibles.

Yo tengo la seguridad, señor, de que, vos sabréis corresponder debidamente a la prueba de confianza que el país acaba de daros, y que al descender del sillón presidencial, al confundiros de nuevo con vuestros conciudadanos, llevaréis en vuestra alma la íntima satisfacción del deber cumplido, y mereceréis el aplauso y la gratitud de este noble pueblo, generoso y altivo, que hoy os aclama y que mañana os bendecirá.

J. D. Moscote

## SOBRE LA CULTURA

Para nosotros el problema verdaderamente capital, al cual se hallan subordinados todos los demás problemas nacionales, de cualquier clase que sean, pero que todavía no ha sido debidamente afrontado por parte de quienes pueden y deben resolverlo, es el de la cultura. El día que este pensamiento se arraigue en la cabeza de nuestros estadistas y en la de todos los ciudadanos que, a cualquier título, deben preocuparse seriamente por la suerte del país, será el de poder decir que nuestra independencia política comienza a asegurarse porque se la hará descansar sobre las bases de la independencia moral, que es la primera de todas las independencias.

A pesar de la aparente trivialidad de esta afirmación es menester desenvolverla, porque de otra manera no se podría penetrar toda la significación que nosotros queremos darle. Desde luego, no hay que dejarse engañar por la palabra misma "cultura," tan a la moda en la literatura de academias y ateneos. La mayor parte de las personas, aun las que como ilustradas figuran, no entienden por cultura sino el resultado que obtiene el individuo del ejercicio consciente del intelecto cuando se aplica a la adquisición de conocimientos científicos, literarios, etc. Por extensión, pero con el propósito de dar al término un valor metafórico se habla también de "cultura social" y otras culturas en las cuales se cree advertir una semejanza con la que es término del proceso voluntario que hemos anotado. De esta manera el hombre culto viene a ser el que es muy instruido en una o varias disciplinas intelectuales o estéticas, en que ha logrado cierta distinción personal al adquirir el hábito de ese refinamiento "sui generis" en actitudes y maneras que tanto contribuye, por otra parte, al desarrollo de las simpatías entre los asociados. En resumen, la cultura es, para muchos, la simple instrucción o la asimilación de determinadas costumbres sancionadas por las sociedades civilizadas.

Es claro, sin embargo, que en tal inteligencia hay una estrechísima limitación de conceptos originada, de seguro, de la rutina y de la pereza de la mente. La idea de cultura comprende todo esto que se refiere al perfeccionamiento del hombre como ser capaz y digno de elevarse a tanto, pero comprende, además, la perfección del grupo, de la sociedad, de la nación y del Estado no como una superposición de varias cultu-

ras individuales, sino como un hecho complejo, específico, de importancia y sentido propios. Una colectividad humana, verdaderamente culta, no es sólo aquella en que el mayor número de sus componentes sean hombres que sepan leer y escribir y puedan, por lo mismo, estar al tanto de todas las corrientes ideológicas que circulen por el mundo. La cultura real, por la cual deben trabajar de consuno la prensa, la escuela, y todas las instituciones que persiguen fines educativos, ha de ser integral, es decir, debe dirigirse a la mente porque es el gran motor de la personalidad humana, pero debe igualmente dirigirse a la voluntad y al sentimiento, elementos esenciales y constitutivos, como se sabe, de aquélla. Saber, entender y aun imaginar no bastan. El hombre culto, el ciudadano culto, la nación culta, son los que demuestran con sus hechos en la práctica que no están divorciados de las ideas y de los principios que dicen conocer o que les han sido enseñados. Andá, por consiguiente, muy mal parada la cultura en donde es mirada tan solo como exquisito devaneo de la mente y no como "alma mater" de la vida social; en donde el respeto por las verdades de la moral y de la política no trasciende más allá de los libros en que ellas se hallan expuestas; en donde todo el mundo se halla dispuesto a esperar como si dijéramos, la orden del día de alguna divinidad misteriosa que benévolutamente quiera señalar el rumbo que debe darse a la acción. La cultura es un resultado y no un resultado cualquiera, sino uno que eleva y dignifica imponderablemente la personalidad individual y socialmente considerada.

¿Qué hemos hecho hasta aquí por la cultura así entendida?

Tenemos una prensa bastante desarrollada; poseemos escuelas y colegios para todos los géneros de la educación y la enseñanza, y de conferencistas y publicistas de algún mérito no estamos muy escasos. Muy bien: pero haría falta saber cómo sirven a su objeto estos elementos primarios de la organización que no alcanzan, como hemos insinuado a constituirlos. La cuestión quedaría suficientemente ilustrada si de un examen imparcial de la actividad de estos elementos resultase que ellos están contribuyendo de una manera eficaz a mejorar las condiciones de vida de nuestra estructura nacional haciéndola más capaz de responder a las exigencias del progreso que, cuando es efectivo, debe ser completamente integral; esto es, debería comprenderse que al paso que disminuye el analfabetismo y nos mostramos más curiosos o más interesados por las cosas que son objeto de estudio en otros países más civilizados, aumenta también nuestro amor por el bien que, en términos positivos, es sincero deseo de que la política prime entre todos los hombres del mundo, si es que algo significa la idea de la existencia social. La cultura egoísta, pues, no basta. Es preciso que haya además una cultura altruista que favorezca la plena reivindicación de mejores derechos sociales.

## Narciso Garay

### DON JOSE AGUSTIN ARANGO

(Fragmento)

A nuestro ver, la obra libertadora del señor Arango se explica por la acción de fuerzas superiores que pesaron sobre su vida a la manera de aquel influjo estelar o sideral que Schiller hace pasar sobre los actos y la voluntad de su héroe Wallenstein. A su atavismo libertario, a su acendrado patriotismo, a su popularidad y preponderancia política, hay que agregar otra circunstancia sin la cual quedaría incompleta la aureola de predestinación de que nuestro espíritu se complace en rodear sus últimos actos políticos: me refiero a sus entronques americanistas de larga data, a los valiosos servicios que prestó a la Compañía del Ferrocarril de Panamá y a sus relaciones personales con influyentes y poderosas personalidades de los Estados Unidos: tal parece que su espíritu hubiera previsto desde tiempo atrás que la nación que arrancaría a Cuba un día de la dominación española, libertaría en seguida a Panamá de la dominación colombiana. En sus "Datos para la historia de la independencia del Istmo" refiere él detalladamente la organización del movimiento separatista y asigna a todos los que en él intervinieron la parte de responsabilidad que les corresponde. Equivocóse él, como otros patriotas, de buena fe? Oscurecieron sus últimos días las vagas sombras de un tardío desengaño? No lo creo. Su americanismo convencido se unía a un optimismo irreductible y lo que otros, quizás con un exceso de rigor y prevención, conceptuábamos irreparables desgracias o desastres piramidales, quedaba reducido a su propio criterio a las modestas proporciones de males transitorios inherentes a la humana imperfección.

Sus ideas, su educación, sus gustos, todo lo predisponía a la admiración sin reservas de la poderosa República del Norte, en la cual miraba el modelo acabado de la civilización y el progreso mundial, y todos los actos importantes de su vida fueron encaminados a acentuar y consolidar la influencia norteamericana en Panamá.

Desde que la República de Panamá fué un hecho consumado intervino el señor Arango en los negocios públicos del país, como era natural que sucediera; pero su intervención continuó caracterizándose, como en otra época, por esa tendencia al recato y a la discreción y por esa

sencillez de buena ley y mejor tono que fué siempre signo distintivo de su personalidad. Enemigo del boato y la pompa, vivió, como el sabio, casi retirado del mundo y recluso a su propio hogar. En nuestra gerarquía oficial quiso ocupar siempre puestos inferiores a sus capacidades y precedentes, y este es un ejemplo de renunciamento raro en todos los países, pero sobre todo en el nuestro.

Caballero nato, desplegaba en todas las situaciones de la vida una soltura inimitable, aunada a cierta bonhomía natural que le acompañaba sin cesar y de la cual hacía uso indeferentemente con los grandes y los pequeños.

La presencia amable y grata de este suave libertador traía a la mente la imagen de aquel "león risueño" que predicaba Zarathustra a sus discípulos en la gruta sagrada, y la analogía de esta evocación se completa recordando que su grande idea, una de aquellas ideas que cambian el derrotero de los pueblos, llegó a su hora, sin ruido ni ostentación, como traída al mundo "sobre alas de paloma."

Su apartamiento y modestia proverbiales no le hicieron perder sin embargo la noción de su valer ni de los grandes servicios que se le debían, y en ocasión solemne se encargó de recordar a las multitudes tornadizas que los primeros pasos dados en el sentido de la independencia del Istmo lo habían sido por él (Discurso pronunciado al encargarse de la Presidencia de la República el doctor Manuel Amador Guerrero). Nada era tan ajeno a su alma como la vana jactancia, pero no admitía que se confundiera aquella sencillez patriarcal, hondamente arraigada a su manera de ser, con el sentimiento de su propia desestimación.

Su noble corazón y su inteligencia nunca pudieron sufrir sin secreta protesta la charla venenosa de los maledicentes ni la huera e impertinente de los fatuos. En cambio, le cautivaban las elaciones del afecto sincero, el cual apreciaba por sobre todas las cosas y distinguía instintivamente de la ficción interesada. Voluntariamente alejado de él durante los últimos años de su vida por temor de que mi afección personal hacia él y los suyos pudiera confundirse con una de tantas asiduidades cortesananas que le asediaban en su última época de encumbramiento político, jamás dudé sin embargo de la inalterabilidad de su sentimiento hacia mí, que no alcanzaron a entibiar las mudanzas de la vida ni la malignidad de la cháchara mundana. Más aún que de su hogar, me mantuve apartado de la arena política durante la última contienda electoral que tan profundamente conmovió al país entero y en la cual su actitud resuelta y decisiva le atrajo el aplauso de los unos y el rencor de los otros. Pero si la muerte de un luchador de esta talla no fuere bastante a acallar por sí misma los impulsos de la pasión política en sociedades sensibles a la nobleza y a la hidalguía, mi invocada neutralidad garantizaría suficientemente la imparcialidad de este testimonio que no altera el entusiasmo partidarista ni el encono enemigo. Entonar sobre la tumba recién abierta de un prócer alabanzas de sectario, sería profanar en cierto modo su memoria, que de hoy más pertenece

a la patria común. Confiscar su fisonomía histórica en provecho de determinado credo o partido político, sería apocarla, cuando un patriotismo digno y decoroso exige que antepongamos a banderizos intereses el respeto y el amor a la memoria de nuestros grandes patricios, entre los cuales figura don José Agustín Arango en primera línea con la natural primacía del cerebro que crea sobre el brazo que ejecuta.

## Juan Demóstenes Arosemena

### EL CRITERIO SUBJETIVO EN LA PENALIDAD

(Fragmento)

La función penal, que en un principio no fué otra cosa que la venganza -privada y que más tarde tomó el carácter de venganza pública, no tenía ni podía tener fundamento científico: era simplemente una reacción instintiva, que los legisladores primitivos tuvieron que contentarse con regular, tratando de mantenerla dentro de ciertos límites compatibles con las ideas contemporáneas de justicia.

Bajo el régimen feudal, la función penal tomó otro aspecto: el de la protección de los intereses del señor de horca y cuchillo. Los delitos de sangre afectaban la hacienda del amo tanto como los delitos contra la propiedad y éste, para evitar el menoscabo de su patrimonio, castigaba indistintamente, con penas severísimas, los crímenes que, en todo caso, iban contra su propiedad porque la muerte del siervo, que trabaja para el señor, no se distinguía para éste de un hurto pecuniario, por ejemplo, sino por el valor de la "cosa" perdida. Para ver que este sistema carecía igualmente de base científica, basta sólo enunciarlo.

Contra este sistema penal y, especialmente, contra los grandes abusos a que dió lugar, se levantó la cruzada de Beccaría, a que tanto debe el sentimiento de humanidad. Pero este movimiento iniciado por el célebre milanés, no fué en cierto modo sino una reacción individualista en materia penal paralela a la creación individualista política contemporánea; reacción empírica; reacción de humanitarismo, sentimental más que científica, contra la barbarie de los tribunales feudales. Como simple reacción empírica que fué, el movimiento beccariano no tuvo tampoco fundamento científico.

Estaba reservado a la "escuela moderna" o "escuela positiva" echar las bases científicas de la penalidad; fundar una verdadera ciencia cuya piedra angular es la defensa social. En cierto modo la escuela moderna, sacando verdaderos a los que dicen que la humanidad no vive sino de reacciones, ha efectuado también una reacción, anteponiendo un interés individual; pero esta reacción no es ya instintiva o empírica como las otras, sino absolutamente científica, erigida sobre la base in-

conmovible del edificio social. Si se permite la expresión, pudiera decirse que el movimiento penal moderno no es reaccionario sino por accidente.

No significa lo dicho que los grandes maestros de la "escuela clásica" no fueran hombres de ciencia. Muchos, muchísimos de ellos lo fueron realmente, siendo hoy mismo venerados por su talento y su saber; pero edificaron sobre base deleznable y no pudieron, por eso mismo, fundar una verdadera ciencia, como lo han hecho los penalistas de la nueva escuela. El fundamento de esa pretendida ciencia—un supuesto derecho de castigar—no ha podido resistir al análisis y, minado en sus cimientos el templo tan pacientemente erigido, ha tenido que desplomarse ante los embates de la razón, como al golpe de las catapultas se derrumbaban, entre nubes de polvo, los paños de la muralla en la época de Roma y de Cartago.

No era posible, en efecto, basar una ciencia, una verdadera ciencia, sobre un derecho inexistente, un derecho puramente imaginario, que las clases gobernantes inventaron, como tantos otros convencionalismos, para dominar y para proteger sus intereses. De dónde podía sacar el hombre el derecho de castigar al hombre? ¿De dónde la sociedad el de hacer sufrir horribles torturas a sus miembros? Sólo la justicia absoluta, la moral absoluta y otros conceptos igualmente nebulosos o fantásticos pudieron servir, en efecto, por algún tiempo para justificar este pretendido derecho; pero ya hoy resultaría vano todo esfuerzo por mantener tales principios.

En cambio, es innegable que la sociedad tiene, como el individuo, el derecho de defenderse y protegerse. Este derecho indiscutible de defensa, es natural desarrollo del instinto de conservación innato en todos los seres vivos.

Sobre este derecho, sobre este principio, base absolutamente sólida e inmovible, si era posible levantar un edificio estable, como lo ha hecho la moderna escuela penal, convirtiéndose en verdadera ciencia lo que fué antes arte de castigar. Y por eso mismo esta ciencia, que es la ciencia de los delincuentes, no de los delitos, está íntimamente ligada con la antropología, la sociología y otras.

Decimos que ciencia de los delincuentes y no de los delitos es la fundada por la escuela moderna, y así es en efecto; porque en materia penal se ha operado en los últimos años cambio tan radical como en la medicina que ha dejado de ver enfermedades para no contemplar sino enfermos y que se preocupa hoy más por la higiene que por la terapéutica, como la ciencia penal del día da más importancia a la prevención que a la represión.

Desde este punto de vista la escuela penal moderna es en cierto modo individualista; mas con individualismo secundario, si así pudiera decirse, muy distinto del individualismo fundamental clásico que, anteponiendo los intereses del individuo a los de la sociedad, ha llevado las

legislaciones y la jurisprudencia de todos o casi todos los estados a exaraciones lamentables y aun a extremos ciertamente ridículos.

Como se había visto, la diferencia entre la "escuela clásica" y la "escuela moderna, es ciertamente fundamental, basándose aquélla en el principio empírico del castigo y ésta en el principio rigurosamente científico de la defensa social. La antigua escuela creyó y sostuvo que el hombre o la sociedad tenían derecho a castigar, a hacer sufrir, al delincuente, y la nueva escuela sostiene que la comunidad no tiene más derecho contra éste que el de segregarlo o separarlo, temporal o definitivamente, por vía de defensa contra sus actividades anti-sociales.

De esta diferencia de concepto acerca del fundamento de la función penal, nace, entre otras, una diferencia no menos importante de criterio en cuanto a la aplicación de las medidas, punitivas para unos y defensivas para otros, que la sociedad puede y debe tomar en cada caso contra los trasgresores del orden social, porque si la comunidad, representada por los jueces, castiga a un individuo por falta o delito, es natural que la sanción sea proporcional al daño de la ofensa, en tanto que si la sociedad lo que hace es segregarlo o separarlo a uno de sus miembros, por vía de defensa contra sus actividades o tendencias anti-sociales, es lógico que la medida de esa segregación debe ser proporcional no al daño resultante del delito, no al perjuicio material causado por el mismo, sino al grado de nocividad o temibilidad del agente; criterio objetivo el primero y criterio subjetivo el segundo que, siendo como son esencialmente diferentes, conducen a muy distintos extremos.

La nueva escuela penal, no obstante la verdad científica en que se funda, no ha llegado todavía a informar o caracterizar completamente la legislación penal de ningún país. Algunas de sus verdades más salientes, algunos de sus principios más evidentes, se han abierto paso, cristalizando en forma de leyes reformativas de las antiguas instituciones; pero nada más. No hay todavía en el mundo un código penal basado y desarrollado únicamente sobre el principio de la defensa social y de aquí que inspirándose aún esos códigos, como se inspiran, en la idea del castigo, prevalezca en ellos, en lo general, el criterio penal objetivo, en vez del criterio subjetivo que la conciencia aconseja. Algunas disposiciones contienen, sí, esos códigos manifiestamente correctas desde el punto de vista de la penalidad subjetiva; mas esas disposiciones están allí interpoladas empíricamente, no como desarrollo de una doctrina o de un principio adoptados como base de todo un cuerpo de leyes por el codificador. No es raro encontrar en todas las épocas estos brotes de empirismo que establecen principios o hechos confirmados más tarde por la ciencia. De los estigmas fisiológicos encontrados por la antropología moderna en alto porcentaje entre los delincuentes, por ejemplo, ya hacía mención un edicto medioeval, citado por el profesor Lombroso, en virtud del cual "en caso de duda entre uno u otro culpable, debería aplicarse la tortura al más feo."

Diversas causas han contribuído a que la base de la penalidad no haya cambiado en las leyes positivas, como ha cambiado en la ciencia

penal pura, siendo acaso la que más ha contribuído a ello el misoneísmo latente en todas las sociedades y las exageraciones de algunos apóstoles y propagandistas de las nuevas teorías; pero esto que no ha sucedido todavía ocurrirá invariablemente, porque la verdad científica se abre siempre paso y se interpone al fin con fuerza incontenible. El carcomido alcázar de los clásicos resistirá todavía algún tiempo: el poder de la resistencia de las instituciones seculares es muy grande; pero sucumbirá al fin para que sobre sus escombros se yerga el granítico monumento de la futura legislación penal. “La escuela penal positiva—dice uno de sus críticos—indica un progreso notable sobre la antigua escuela jurídica, pues mientras esta no está en armonía con el estado de los conocimientos científicos de nuestro tiempo, aquélla procura proceder de acuerdo con ellos, y pronto o tarde alcanzará la meta.”

Ricardo J. Alfaro

## LAS FRUTAS

Que hay buenas frutas en los países templados fuera necesidad negarlo; pero que en la zona tórrida hay mayor variedad de frutas ricas eso sí lo afirmo. ¿En qué país del mundo no se considera como el rey de los huertos al banano? Ese cilindro color de crema, aromoso y suave reúne todas las condiciones que hacen codiciable una fruta. Se le despoja con facilidad de su cáscara y la fragancia que exhala acaricia nuestro olfato tanto como nos deleita los órganos del gusto. No hay jugos que nos chorreen, ni zumos que nos molesten, ni desperdicios que nos ensucien, ni dificultades que pongan a prueba nuestra urbanidad.

El mango peca por lo contrario. Esta sabrosa fruta es para ser comida a solas. El mango fino, "de calidad," ése de perfume incitante y sonrosada corteza es el que opone mayor resistencia a nuestros golosos ataques. Primero ha de extraerse el jugo por medio de una antiestética succión y terminamos por echar mano al hueso pelado para acabar de arrancarle a dentelladas innobles toda la dulcedumbre que allí queda. Tal es el conflicto; de no hacerlo así no se habría gozado el mango. Le gozamos? La fruta se ha vengado dejándonos la boca sucia, las manos pegajosas y los dientes llenos de filamentos.

En punto a decencia y buen sabor el mango ha de ceder el puesto a la papaya. Esta se deja comer con plateado tenedor y nos libra de toda molestia. Cortada en pequeños trozos, cubiertos con hielo machacado y espolvoreados con fino azúcar, es el más exquisito refrescante que se puede oponer a nuestros calores del mediodía.

La fresa es reina de las frutas en estas latitudes. Con ella hemos de desposar a nuestro banano para que el rey de los trópicos no contraiga un matrimonio morganático. La fresa es toda carne: carne tierna y empapada en incitante jugo encarnado; pero su acidez no permite comerla sola. El fresón—la especie más suave y gorda— ha de comerse con azúcar pulverizado. La fresa pequeña—de color más oscuro y sabor más concentrado—se mezcla después de endulzada con crema de Chantilly y resulta aristocrática golosina que goza merecida fama.

Las uvas son ciertamente delicadas, sobre todo las blancas, esas esferitas de ónix, cuya comida transparente fuera gran delicia morder si no se tropezara con la importuna pepita y el antipático hollejo. ¿Y

qué decir de la heráldica granada que campea como blasón en las armas de dos naciones? Ese estuche de insípidos rubies sólo es rival del mango en lo de afearles la boca a las bellas que lo comen. Para extraer el jugo de la granada hay que triturar sus cristalinos granos con la lengua, oprimiéndolos contra el ciclo de la boca. El labio superior se frunce; el inferior brota hacia afuera y la morada de las sonrisas adquiere un prognatismo que descompone el palmito más agraciado que pueda tener una linda golosa.

Fruta que merece especial mención es el melocotón o durazno. Bajo su vestido de terciopelo color de púrpura se esconde una pulpa suave y jugosa que se come con tanto placer como la áurea pera que es siempre figura prominente de los bodegones flamencos. Sin ser botánico me atrevo a asegurar que entre el durazno y nuestra apetitosa guayaba existe parentesco, pues es muy semejante al aroma y al sabor de las dos frutas. En cuanto a la pera, no creo que figure entre el abolengo de nuestro aguacate, igual a ella en su forma, pero de muy distinta naturaleza. El "abogado pear" como le llaman en Jamaica, fuera sin embargo digno pariente de su similar del Norte, al cual no cede un punto en proporcionar a la humanidad los inocentes placeres del paladar. Su pulpa grasienta y de gusto delicado es tan agradable como el manjar húmedo y harinoso que nos ofrece la pera.

Además de los albérrchigos, priscos y albaricoques, que nada tienen de particular, no recuerdo otras frutas europeas que no se produzcan también en la zona tórrida, tales como las cerezas, ciruelas, melones, sandías, higos y naranjas. Por regla general, estas frutas son en nuestros climas más opulentas, más jugosas, más azucaradas. La naranja de Valencia, de fama continental, es inferior a la de Chiriquí o Costa Rica, de cuyas entrañas encendidas brotan torrentes de almíbar. Y a la ya larga lista de productos de nuestro suelo dignos de adornar además el del jardín de las Hespérides, aún nos falta por agregar la granadilla, especie de bolsa donde se han cristalizado las fantasías golosas del más refinado sibarita; la guanábana, cuyos gajos agridulces constituyen la más feliz combinación de la naturaleza; el nance, de cuya sustancia fuerte y grasosa se hace tan rica chicha; el níspero, tal vez la más tierna de las frutas tropicales; la guaba, raro estuche que guarda en sus compartimientos copos de nieve, dulces como la miel de Hymetto; el icaco, que bajo la acción del fuego cambia de color y de sabor para transformarse en postre digno de mesas reales; el caimito reluciente, al cual perdonamos su traidor mucílago en gracia a la dulcedumbre que lo envuelve; el mamey, de carne amarilla en una casta y roja en la otra; y el anón o chirimoya, que cubre sus múltiples pepitas con fina envoltura de gusto exquisito y suavísima fragancia.

## LA VIDA DEL GENERAL TOMAS HERRERA

La vida de Herrera es una línea recta cuyos puntos extremos son el heroísmo y la virtud. En ella se echan de ver las peripecias y con-

trastes de los grandes héroes, enfilándose siempre por la inflexible rectitud moral de las grandes virtudes.

Fué oficial pundonoroso y jefe experto; vencedor y vencido, siempre se cubrió de gloria en los combates; dos veces sufrió el destierro y otras tantas fué recibido en triunfo por los pueblos; se sentó en el banco de los acusados y en la curul presidencial del Senado; fué condenado a muerte y candidato a la primera magistratura de la nación; habitó en oscuros calabozos y en suntuosas moradas; llevó grillos al pie y medallas al pecho; fué en ocasiones perseguido y jamás perseguidor; cinco veces restableció el orden y nunca promovió el desorden; los malvados le calumniaron y los hombres de bien le honraron; se rozó con las personalidades más notables de su época; ejerció la Presidencia de la República; encabezó con la suya la firma de una Constitución; colaboró como legislador en la confección de muchas leyes y veló por la observancia de ellas como mandatario; protestó en tiempo de Bolívar contra la dictadura de un hombre, como protestó en tiempo de López contra la dictadura de una muchedumbre; joven, abandonó a sus padres para irse a combatir por la libertad en la campaña del Perú, como más tarde se alejó de esposa e hijos para ir a luchar también por esa diosa en el campo parlamentario y por fin para morir siempre por ella a enorme distancia de su hogar y de su tierra natal.

Cosa notable en Herrera es que a diferencia de la mayoría de los hombres de Estado hispano-americanos, nunca fué político de personalismos ni le dominó la exaltación partidarista. En él no hubo contradicciones, ni veleidades ni exageraciones. Se llamó y fué siempre liberal en el más alto sentido de la palabra y en todos los actos de su vida pública se nota perfecta continuidad de ideas.

Así, fué opuesto a la política dictatorial del Libertador en 1828 sin llegar al extremo de conspirar contra su vida. Compatió contra el gobierno usurpado de Urdaneta en 1830. Derrocó la tiranía de Alzuru en 1831. Coadyuvó en la labor de paz y bienestar emprendida por Argote y Fábrega en el Istmo, bajo la administración Santander; y prestó su cooperación a la de Márquez, cuando le fué solicitada. En 1840 traslimitó sus ideales federalistas con la creación del Estado Libre del Istmo, pero se guardó bien de identificarse con los proceder insensatos de los supremos. Fué agente eficaz de la administración del 45 al 49, la más liberal y civilizadora de la Nueva Granada, pese al nombre de conservador que entonces tenía Mosquera. En 1849 fué secretario de López, pero condenó los desmanes de las sociedades demagógicas y dejó por oponerse a ellas la cartera de guerra; debeló la revolución conservadora de 1851 y en el mismo año reprimió con mano fuerte los crímenes de sus correligionarios exaltados en el Cauca, cuya funesta memoria se ha perpetuado con el nombre de retozos democráticos; en 1853 abogó por las avanzadas ideas de la Constitución de aquel año y como candidato de oposición a Obando y los draconianos, fué corifeo de la juventud progresista y propagadora de los principios ultra-liberales; en

1854 personificó el principio legal para salvar la Constitución y bregó por el imperio de ella contra la dictadura militar de Melo, hasta rendir la vida el día de la victoria final.

Convencido de que la esencia de la libertad consiste en el respeto a los derecho y opiniones ajenas, siempre fué tolerante y moderado. Buscó en toda ocasión el justo medio; perseguía constantemente la injusticia; todas sus batallas fueron por causas legítimas; cumplió e hizo cumplir las leyes y su culto a la libertad fué tan ferviente como puro.

José Oller

(1882)

### EL AGUINALDO

Muy temprano esta mañana el cariño filial ha venido a hacerme más grato el día en sus setecientos y tantos minutos, pues que, la vocellita armoniosa de mi primogénita, me dice con candorosa inocencia:

—Papi! Tu aguinaldo!

Y pone ante mi vista, y me entregan sus manecitas de ángel, un perfumado envoltorio, adornado con cinta celeste.

Con fruición paternal recibo el regalo que la madre ató amorosamente para mí y puso en manos del retacito adorado de mi alma.....

Y siguiendo el instinto infantil de la curiosidad, me digo para mis adentros: lo abro..... no lo abro..... y lo palpo, lo olfateo, lo miro y remiro, hasta que vence la afición infantil y me decido a abrirlo, porque así somos: lo que se oculta bajo algún velo incita de modo poderoso a la curiosidad; aquello que vemos más lejano nos ilusiona; todo lo que se halla envuelto en el halo del misterio nos atrae con fuerza prodigiosa: de allí que el más allá de la vida, el eterno enigma, tenga tan poderosa atracción para el hombre; de allí que la alta virtualidad abstracta, lo increado, Dios, nos ofusque con su luz suprarreal..... nos anonade y confunda cuando nos contemplamos tan pequeños, tan insignificantes.....

Pero dejo estas proyecciones metafísicas.

Abro el paquete de aguinaldo, y la curiosidad queda satisfecha: es un panecillo de jabón ligeramente oloroso a mujer, a frivolidad, evocador de rumores de encajes, retrotrayente de las horas bulliciosas de días juveniles.....

Y embebido en las evocaciones lisonjeras de los días idos, henchida de fruición el alma por obsequio que los presentes me proporcionan en la personita interesante de Fina, la miro y sus ojitos brillantes y rasgados, me hablan del venturoso presente, en su rápido girar.

El obsequio me proporciona instantes de emoción intensa, momentos de hondas cavilaciones, y me digo:

—Este regalo, este panecillo de jabón de perfume delicado viene a constituir un símbolo, al través de la significación íntima que refleja

el cariño: mano inocente, pura, inmaculada, me trae jabón para lavar —en estos días de continuo luchar— mi viejo espíritu pecador, impenitente, fervoroso oficiante del altar de Nuestro Señor EEscepticismo, devoto de todas las bienaventuradas vírgenes de Nuestra Señora de la Duda.....jabón balsámico para lavar las cicatrices que las espinas de los zarzales de la vida me dejaron.....

Y vuelvo a mirar con paternal afecto los ojillos inquietos del retacito de mi sér, que con elocuencia abrumadora me dicen:

—Papi, tu aguinaldo!

## Cristóbal Rodríguez

### ELOGIO DE BOLIVAR PRONUNCIADO EL 17 DE DICIEMBRE DE 1915, ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

Señores:

Acabáis de oír, en defecto de los elogios definitivos y acabados que el grande hombre cuya memoria celebramos en este momento se merece por cada una de las facetas de su prodigiosa personalidad, sí el tributo de admiración, modesto pero sincero, tanto más valioso cuanto arranca de las profundidades del corazón, que le brinda por boca de algunos de sus hijos más distinguidos desde el punto de vista intelectual, esta tierra panameña, la misma que en correr de los tiempos pretéritos fué alguna vez el objetivo de sus aspiraciones y anhelos en pro de la unificación moral y la armonía política de nuestros pueblos hermanos de Sur América. Casi una centuria va transcurrida desde que surgió en la mente de Bolívar la idea de un Congreso Anfictiónico, uno de esos ensueños de idealista tan frecuentes en los hombres de acción y armas tomar, y, no deja de ser halagador para los hijos de esta querida tierra ístmica que el Libertador de cinco Repúblicas hubiese dirigido sus miradas hacia nosotros en los momentos precisos en que, en alas de la fortuna, besaba el pináculo de las glorias militares y esquiaba grandiosos planes de estadista y de político. Varias generaciones se han sucedido desde el Río Grande al Plata alentadas espiritualmente por el recuerdo del héroe excelso de la magna epopeya de la independencia, y, la pátina de los años, lejos de empañar el brillo de sus proezas o de atenuar siquiera el alcance de sus heroicidades, como que renueva y da incesantemente coloridos y matices a aquéllos, a la par que imprime a éstos trascendencia cada día mayor en consonancia con las que van adquiriendo en el desenvolvimiento de los años. Es, señores, que Bolívar figura en el número de esos raros privilegiados del Genio, hijos mimados de la Gloria, de quienes cabe decir con absoluta propiedad que pertenecen, no a determinadas épocas ni a terruños determinados, sino antes a la eternidad inconmensurable, sin principio ni fin, cuyos dominios rechazan por algunas de sus facetas las demarcaciones fronterizas y el principio de las nacionalidades. Las obras de esos colosos, de esos semi-dioses, para usar el lenguaje de las antiguas cosmogonías, conservan siempre en sí, es verdad, un mucho de su significación intrín-

seca contemporánea; de ahí el que sea dable admirar en todas las épocas, a cualquier momento de la duración, como lo acaban de hacer los caballeros que me han precedido en el uso de la palabra, al capitán que sabe desplegar junto con la intrepidez y el arrojo en los momentos de crítico concebir y forzoso ejecutar, la estrategia y el cálculo que hacen de la guerra un arte y acaso una ciencia militar; ponderar al estadista de visión profunda que tomando pie en las realidades inmediatas del presente se anticipa con paso firme y cálculo certero hacia la conquista del porvenir; dignificar al orador apasionado y ardiente que, a la manera de los grandes capitanes de la Humanidad sabe asimismo electrizar a sus huestes con los acentos de su verbo, clarín sonoro, a un mismo tiempo señal de combate y mensajero feliz de la Victoria; ensalzar, en fin, al escritor de corte no menos elegante que fluido y ameno, pluma de la que brotan en feliz consorcio, espontáneas las ideas, mesuradas, correctas y a las veces enérgicas y vibrantes las palabras. La personalidad de Bolívar es y será siempre tema inagotable, hecho para desafiar a las inteligencias más hábiles, a los más prestigiosos talentos; constituye, en el mundo de las ideas, piélago infinito donde los favoritos del talento pueden moverse, es cierto, en varias direcciones, sin alcanzar empero recorrer la superficie toda de la vasta inmensidad. Nada es más fácil y asequible que hacerse a la vela, siguiendo éste o el otro derrotero, en la seguridad de hallar siempre aguas bonancibles, vientos alentadores y propicios; pero nada es tan aventurado cuanto difícil como abalanzarse a la conquista de ese gran conjunto cuya sola enormidad desconcierta y entorpece a los pilotos más avisados y perspicaces. Así, en el caso de Bolívar, no hay uno de entre vosotros que, al considerarlo ora como estadista, ora como soldado, ya desde el punto de vista literario, no explotaría admirablemente el tema, sin agotarlo jamás, no de otro modo que utilizaría hasta la saciedad el tesoro áureo de su personalidad, sin destruir, no obstante, el precioso filón. La grandiosidad del tema es algo que arredra e intimida a cualquiera que pretenda presentar de él un bosquejo de conjunto o sintetizar en boceto lapidario lo que, por su sola trascendencia requiere labor larga y tendida. No permitiendo, pues, las circunstancias labor de tanto momento, y habida consideración de cuanto acabáis de oír acerca del Libertador, acaso no habréis de tomar a mal el que descartando de su personalidad la gloriosa aureola de la magna epopeya, le actualicemos más bien al igual del prototipo de nuestra raza hispanoamericana, paradigma que, de ser limitado llevaríanos a la realización de aquel su ideal supremo del acercamiento moral, intelectual y político de nuestros pueblos.

Español de origen, vástago de nobiliaria, Bolívar presenta desde su primera juventud un alma armónica, de soñador y vidente, de idealista que se creía, con firme convencimiento, predestinado para realizar, por mandato de la providencia, magnas, extraordinarias acciones. Puede que la revolución francesa, cuyas irradiaciones esplendorosas ex-

playábanse a la sazón por todos los ámbitos del mundo y exaltaban particularmente los cerebros y las inteligencias de los oprimidos, hubiese llevado al ánimo de Bolívar los primeros anhelos de Libertad, las palpitaciones primeras en favor de los que gemían bajo el yugo de los tiranos, oprimidos por los esbirros del absolutismo monárquico; mas, como se ha hecho observar en múltiples ocasiones, y según observación penetrante de alguno de los críticos, “ese vago hervor de su mente no imprimió carácter a una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción.” Es lo cierto, en todo caso, que desde los primeros momentos en que su alma reflexiva se abrió al mundo, Bolívar conoció el acicate que la Libertad impone a los espíritus superiores, bien así como aguijoneado ulteriormente por las hazañas napoleónicas de los primeros días, que eran algo así como el florecimiento de la doctrina de los Derechos del Hombre y estimulado, en parte por los viajes, en parte por la lectura de los grandes precursores ideólogos de la Revolución, los Diderot y Voltaire, Los Rousseau y Montesiuque, la falange toda de los enciclopedistas, Bolívar no tuvo sosiego, ni pudo experimentar reposo alguno hasta que un rayo de luz benéfica y salvadora vino a iluminarle la conciencia: emanación del sol de las libertades,—la emancipación de su patria, del poder español. Empero hay algo, concomitante de esta idea luminosa y libertadora que me parece digno de señalar a la juventud, ya que el culto de los grandes hombres constituye por cima de toda cosa factor de civismo y de virtudes ciudadanas, es a saber el entusiasmo rayano en frenesí la tenacidad consciente y efectiva, vecina de la pasión, que Bolívar pone al esrvicio de sus designios y empresas. Más instruído y refinado que Colón; tal vez, más convencido de la realización próxima, de sus nobles ideales, el genio moderno despliega desde los albores de la grande jornada épica, en 1810 elegancia, y dignidad exteriores que no tuvo jamás el liustre genovés, y que, unidas al gesto estatuario, admirablemente plástico y estudiado, entran por mucho en esa sugestión con que enrolaba a sus soldados y los llevaba luego al combate. Al igual de Colón, el futuro Libertador, caracteriza, sin embargo su fisonomía moral por el empeño y sostenimiento, el tesón inflexible, constantes ambos a dos, gracias a los cuales dirige, encamina y encausa los primeros llamamientos de su corazón y de su inteligencia; más tarde, por esa su intuición de vidente y mago soñador de un mundo de la Libertad, corajes y energías a suficiencia para abrirse campo en los momentos de acción; inteligencia de los hechos y las situaciones; fe de heresiarca a quien nada arredra o intimida; genio que por intuición adivina, presente y crea; iluminado cuasi diabólico, visionario que acrecienta sus propias fuerzas y los ánimos de cuantos le rodean, centuplica los asaltos de la voluntad, vence todos los inconvenientes y allana todos los obstáculos. Como Colón, en fin, excelso en el pensamiento y en la desgracia; de los primeros en el corazón de la humanidad agradecida, ese ósculo bautismal que, camíno de la Gloria, conduce a las cimas empíreas de la Inmortalidad!

Pero, si grande para la Humanidad, el Genio que supo sintetizar en su seno tantas excelencias y virtudes morales, lo debe ser aún más y por autonomasia para esta cara América del Sur, en donde se mecía su cuna, que le brindó el diáfano azulino de sus cielos, causa, en fin, de sus más serios y piadosos desvelos. Y mal pudiera ser estéril la situación del grande hombre, e infructuosa la simiente diseminada durante más de diez años de rudo e incesante bregar, desde luego que, a virtud de la ley psicológica del paralelismo, extensiva asimismo a las ciencias sociológicas y políticas, las hazañas del guerrero van siempre acompañadas de una acción del pensamiento, no de otro modo que en los períodos de grandes convulsiones la pluma es correlativa de la espada, o el pensamiento determinante de la acción.

Consolidada la paz y establecida la República en cinco naciones, extraño habría sido, algo a manera de un caso de teratología social, que el estadista previsor, sereno y avisado que potencialmente se ocultaba en el alma del soldado, no hubiese hecho su aparición en ocasión tan propicia y favorable. Considerada desde este punto de vista, la personalidad de Bolívar se destaca no sólo más brillante y luminosa sino asimismo más cerca de nosotros, que la de cualquier otro caudillo de la emancipación hispanoamericana; más cerca de nosotros y de la hora presente que O'Higgins y aún que el propio San Martín. Una vez describe, anticipándose al porvenir, cuál ha de ser la suerte de cada uno de los pueblos sudamericanos después de la independencia, documento animado de sople profético, según se viera después, cuyas vibraciones sirven todavía como de eco explicativo a las más de nuestras revueltas y querellas intestinas, fruto mórbido de las ambiciones partidaristas y sectarias, extrañas a los verdaderos principios políticos, pulverizadas, zaheridas por la voz de oro del Libertador. Bolívar estadista es, como bien se ve, no sólo el organizador necesario y fatal que había de reedificar la patria hispano-americana sobre las ruinas y escombros de la revolución triunfante, sí que también el profeta de males que no podrían, no, menos de sobrevenir, andando los años; demiurgo que constituye en el seno de su creativa inteligencia, y con asombrosa exactitud, lo que será como lo es en la actualidad—la América Latina, mientras la educación popular, o “el semillero de las ideas,” como dice Bolívar en alguna de sus cartas, no le cierre el acceso al imperio de las ambiciones egoístas y pasionales. Bolívar, el ambicioso genial, el soldado de acerado temple moral, de voluntad avasalladora y absorbente toda vez que se trata de sacar adelante sus empresas y sus planes; el ambicioso ilustre cual lo han tildado ponzoñosos adversarios de su memoria, tirando a denigrarlo ante la posteridad, es, si bien se le considera, el que más acertadamente predijo qué rumbo, qué derrotero especial convenía imprimir a educación política de nuestros pueblos para salvarlos a una de la demagogia vulgar, que de instinto rechazaba su espíritu delicado, no menos bien que de las garras de la monarquía, la que siempre le arrancó terribles anatemas. Bolívar político especulativo, de alto vue-

lo, no podía, en efecto, ser menos que acrisolado y fervoroso demócrata, no sólo gracias a esa inspiración providencial que, al decir de Tocqueville, se apoderó de todos los espíritus cultos en los comienzos del siglo pasado, sino además por el comercio espiritual de dos enciclopedistas, amén de que la Democracia representaba ante su inteligencia la doctrina de la concordia y armonía por excelencia entre las naciones entre las que imperan, no las consideraciones raciales o de castas, perjuicios de nombre y fortuna sino el influjo de la inteligencia y el talento personales.

No escapará ahora a vuestro espíritu el por qué de esa idea de fraternidad entre los sud-americanos, tan cara a Bolívar; nobilísima aspiración a unir en el porvenir con lazo indisoluble, pueblos cuyo pasado se traducía en unas mismas manifestaciones de lengua, religión y tradiciones; unión que, en su mente, presa de continuas soñaciones, el Libertador se presenta "no en el vago sentido de una amistosa concordia según consigna vigoroso pensador sudamericano, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos".

Los acontecimientos inmediatos no favorecieron como es bien sabido las delectaciones idealistas del gran caudillo; pero la simiente, si no ha germinado al punto de ostentar hermosos, bellos y tangibles frutos, continúa por lo menos su proceso evolutivo, indestructible ante la acción del tiempo como todo lo que le pertenece al dominio de las ideas. Y, de vez en cuando, un vástago aquí, un botón allá, un retoño acullá, dan fe de que la simiente vive aún, tal, por ejemplo, el arbitraje obligatorio en Sur América, preconizado hace obra de tres lustros, y, en la hora presente el grupo tripartita conocido con el nombre de A. B. C: otras tantas florescencias que van a incorporarse en la gloria de Bolívar, o mejor, lauros póstumos de su de hoy para siempre excelsa inmortalidad.

Señores: si es privativo de los genios el perdurar a través de las edades, el vivir la sola existencia de la eternidad, bien se merece Simón Bolívar el figurar entre los diez o doce de esa especie de superhombres, que dominan a la humanidad. Cuando en el correr destructor de los siglos, las generaciones centuplicadas hayan brotado a la luz, y bajado después por centenares a confundirse con el polvo de las tumbas; cuando la América Latina, desde los reculados confines con los Estados Unidos del Norte hasta las lejanías de Patagonia haya alcanzado el grado de civilización a que con sobrado derecho puede aspirar, por la dignidad de su estirpe latina y la altiva nobleza de su sangre española que caldea sus venas, raza que no le va en zaga a ninguna otra sobre el planeta; cuando las selvas seculares e incultas véanse transformadas en verjeles y emporios de progreso mundial y el recuerdo de los que estamos aquí reunidos haya desaparecido para siempre de la memoria humana, entonces, por cima de tantas transformaciones, a través de tan-

tas creaciones y destrucciones; cuando nuestros hijos, en fin, amalgamados en una sola vasta confederación sudamericana saludablemente vivificada por la savia de la verdadera Democracia suban más y más, parejas con el desarrollo de la civilización futura, entonces todavía brillará como una luminaria esplendorosa la memoria libertadora y de redención del grande genio cuya muerte recordamos ahora, pues que entonces como hoy su nombre será el símbolo de cuanto más grandioso, noble y sublime habrá dado al universo esta mitad del continente americano, en las batallas de la libertad y de la emancipación de los pueblos: Simón Bolívar.

Efraín Tejada U.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE ENARBOLAR  
LA BANDERA EN EL AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD DE  
COLON EL 3 DE NOVIEMBRE DE 1918.

(Fragmento)

Queridos niños:

Hay dos escuelas filosóficas antagónicas, de las cuales emanan dos teorías políticas distintas, origen de dos partidos fundamentales: el Liberal y el Conservador, que luchan por la supremacía de sus principios en todos los órdenes de la vida cívica. En el Istmo, como en el resto de Colombia, de que era parte integrante, las dos colectividades históricas usan como distintivos, la primera el color rojo y la última el color azul.

El 3 de Noviembre de 1903, cuando el "Bogotá" con sus salvas inofensivas saludaba, antes de abandonar nuestras aguas, el ingreso de Panamá en el rol de las naciones libres, los dos adversarios tradicionales, comprendiendo la trascendencia del movimiento, elevándose a la altura de la situación, tendieron sobre el abismo del odio el puente de la reconciliación y se dieron un estrecho abrazo, que implicaba el desglose con un pasado de ensañamiento, el perdón para los agravios recíprocos y el olvido para todas las faltas. Bello gesto, hermoso rasgo, que a manera de ¡hosanna! saludó a la República al nacer . . . Para perpetuarlo, para hacerlo imperecedero, como el ideal que informó la creación de la República, en prueba de unión y fraternidad de la familia istmeña, los colores de las dos divisas pretéritas sirvieron para formar la bandera nacional, emblema sacrosanto de la Patria. Por eso véis allí, en ese pabellón que flota inmarcesible, un cuartel rojo con una estrella azul, un cuartel azul con una estrella roja, entre dos cuarteles blancos, que simbolizan, paz, amor y concordia . . .

Al enarbolarlo periódicamente, en un día como éste, en presencia de vosotros, que sois los llamados a sucedernos, que personificáis la renovación de las masas ciudadanas, es con el objeto, muy loable por cierto, de que os identifiquéis con su significado y de que, mentalmente, en soliloquio con la conciencia, con vosotros mismos, juréis permanecer fieles a su culto, en todas las alternativas de la vida.

Como miembros de una democracia que aspira a vivir en la estimación y el respeto mutuos con los otros países, jamás soñéis en que sirva de enseña de violencia y usurpación; es suficiente halago para el patriotismo, como lo dije en cierta ocasión en el recinto de la Asamblea Nacional, teniendo por testigo la efigie veneranda del doctor Justo Arosemena, el "patriota inmaculado", que se agite libremente sobre el propio territorio, y que, al ser acariciados sus pliegues por las brisas, amparen y protejan a los panameños contra las tentativas falaces de reducirlos a la triste condición de parias.

La bandera condensa el honor y la dignidad del país. Ella, sobre el mar inconmensurable, convierte la nave que la lleva en su mástil, en jirón movable de la patria ausente, y sobre los minaretes de los edificios públicos, constituye el goce de la soberanía y el disfrute de la libertad.

Así como en este día esa bandera se encuentra en alto, en coloquio con todo lo que mora en el azul infinito, astros e ideas, a pesar de que en su derredor se ciernen algunas sombras, estáis en el deber de conservarla siempre; y si llega la hora trágica de la prueba, id al sacrificio sin vacilaciones, envueltos en ella como en un sudario glorioso.

La enseñanza más emocionante de lealtad a la bandera me la suministra un cuadro de artista no recordado, que una vez admiraron mis ojos de patriota nostálgico y soñador. Esa concepción, es posible que no tenga el mérito de obra maestra de Rafael; pero la idea es grandiosa y resplandeciente. Al describirla quisiera para mi palabra el acento enrojecido del Dante y los tonos de la paleta mágica de Murillo, para no incurrir en omisiones que pueden defraudar la curiosidad que asoma en vuestros semblantes; pero ya que no dispongo de esos dones, espero que vuestra inteligencia, con benévolo interés, llene los claros que yo sea incapaz de evitar. Escuchadme:

Mar embravecido. El oleaje convulso, en contorsión de llama, avienta su espuma como un ultraje del piélago a la inmensa faz del infinito. Sobre la superficie de las aguas inquietas, unas cuantas tablas, unidas en forma plana, pedazo de cubierta de un bajel, flotando al azar. Son los restos insumergidos de una poderosa escuadra. Y, sobre esos despojos navales, un hombre: es el último marino de una tripulación numerosa, que probablemente sucumbió en lucha trágica contra un mundo de enemigos; es el último testigo de la catástrofe, el único sobreviviente de la batalla. En el rostro, la contracción de cólera del heroísmo impotente. La cabellera, luenga y rubia, dócil a la ráfaga, juguete del viento, se agita como un penacho de fuego. Los miembros atéridos por el frío. La epidermis arrugada por el contacto prolongado del agua. Los pies descalzos. Los vestidos desgarrados, hechos girones, convertidos en harapos. ¡La miseria de ese traje procurando proteger la miseria de ese cuerpo!

Hay bruma. Cae la lluvia, zigzagea el relámpago, retumba el trueno, fulmina el rayo.

En lontananza, circundando la curva inmensa del horizonte re-

moto, las figuras borrosas de los acorazados contrarios, como eslabones de una cadena de acero gigantesca. Sus baterías enfiladas disparan sobre un punto oscilante, que sigue el vaivén incontenible de las olas y que fatalmente es el blanco de la intemperie de los elementos y de la ira de los hombres: la madera que sobrenada del naufragio con el marino temerario que la tripula.

Caen las granadas, los formidables explosivos, sembradores de la muerte y del espanto. Las aguas, heridas en su seno, abren y cierran sus fauces insaciables; y el frágil tablado del marino sigue al garete, indiferente a su suerte aciaga. Pero el marino no se arredra; permanece en pié, altivo, épico, sublime. El cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, en actitud desafiadora; en su siniestra sostiene con vigor sacado de su esfuerzo supremo, la bandera desamparada de la Patria, tratando de elevarla al cielo, para que no la profane el furor del enemigo ni la escoria del abismo, mientras que su diestra, crispada, hace la postrera rebeldía, y muestra el puño cerrado al horizonte, a los acorazados borrosos, cuyas baterías enfiladas, disparan sobre él los formidables explosivos sembradores de la muerte y del espanto . . .

Queridos niños:

Si vosotros llegáis a encontraros en trance desesperado, semejante al del marino del cuadro, acordaos de los deberes para con la Patria y cumplidlos hasta el fin, prefiriendo la muerte al deshonor de una existencia conservada al precio de la cobardía, que es tizne indeleble y afrentosa.

No vaciléis nunca en la defensa del suelo en que vísteis la primera luz, que cuando el hombre muere haciendo resistencia a la invasión o combatiendo la dominación extranjera, la materia es abono que fecunda el surco de la rebelión, y el espíritu se transforma en alas, para recoger la bandera de la Patria, si ha quedado huérfana, sin defensores, y depositarla, tras un vuelo muy largo, como una ofrenda inmortal, en el trono radiante de Dios!

Cirilo J. Martínez

RESEÑA CONSTITUCIONAL DEL ISTMO DE PANAMA

(FRAGMENTO)

La historia política del Istmo de Panamá, como la de todos los países de origen hispano, está dividida en dos épocas generales, perfectamente definidas: la relativa al período colonial y la relativa al republicano independiente: la absolutista y la constitucional.

La primera de estas fases ofrece, por supuesto, una importancia negativa al criterio político actual, por cuanto ella se confunde con la historia del régimen absolutista que privó en España y en sus colonias hasta principios del siglo diez y nueve, y que sólo es digna de mención como causa creadora y estimuladora del movimiento emancipador de las colonias.

La segunda fase de la misma, o sea la historia constitucional del Istmo, se la pudiera hacer partir sin esfuerzo, desde las Cortes de Cádiz y de Madrid, reunidas en los años de 1812 a 1814, asambleas a las cuales asistieron como delegados de Tierra Firme los diputados José Joaquín Ortiz y Juan José Cabarcas. Porque, si es verdad que el resultado de las mismas no satisfizo en nada el anhelo de representación de los istmeños, y que posteriormente a ellas se enseñoreó nueva e intensamente el absolutismo en Panamá, no es menos cierto que este mismo fracaso avivó en los istmeños el conato emancipador que, por decirlo así, no tuvo más que sentarse a esperar ocasión propicia para germinar y crecer.

Hay que subdividir de nuevo, en dos épocas, naturalmente distintas y delimitadas, la historia propiamente constitucional de este suelo, a partir de su separación de España: la relativa a su condición de entidad componente de Colombia, y la referente a su condición de Estado independiente y soberano.

La primera de estas sub-etapas, que experimentó varias alternativas y no menos de tres interrupciones, arranca del día 28 de noviembre de 1821, y termina el día 3 del mismo mes, de 1903. En la primera fecha mencionada, "Panamá, espontáneamente y conforme al voto general de los pueblos de su comprensión, se declara libre e independiente del gobierno español", y en el acta de esa memorable jornada, consigna su libre determinación política, al declarar que "el territorio de las pro-

vincias del Istmo pertenece al Estado Republicano de Colombia, a cuyo Congreso irá a representar oportunamente su diputado". Así, pues, el día 9 de febrero del año siguiente (1822), fué dictado por el Poder Ejecutivo colombiano el decreto de creación del Departamento del Istmo, formado este Departamento por "las provincias a donde se extendía bajo el gobierno español la Antigua Comandancia General de Panamá, con los límites que tenían", y desde esa fecha rigió en el Istmo la Constitución de la Antigua Colombia, aprobada el día 30 de Agosto de 1821, por el Congreso Constituyente de Cúcuta. Tocó al Intendente José María Carreño la promulgación de dicha Carta en el Istmo, y es aserto de los historiadores señores Arce y Sosa, que hasta los indígenas de la región de San Blas reconocieron el nuevo orden de cosas, "por medio de una manifestación del Capitán Cuipana, cacique principal de la región".

Posteriormente se sucedieron en Colombia, y, por tanto en Panamá, la Constitución colombiana de 1830; las granadinas de 1832, 1843 y 1853; las federativas de 1858 y 1863, y la unitaria de 1886, bajo cuyo imperio nos sorprendió el crepúsculo del 3 de noviembre de 1903, hora en que este suelo desató, una vez para siempre, sus lazos de Colombia, y formó entidad aparte, adornada con el más atrayente de los lemas: Pro Mundi Beneficio.

La mayor o menor concentración del poder público granadino fué criterio que, desde antes del alumbramiento de aquella República, dividió profundamente los ánimos y retardó la eficiencia libertadora; y apenas aspirada el aura de la emancipación, surgió la lucha ardorosa de los partidos en ciernes. De modo que, alternando el dictado de las cartas mencionadas arriba, entre los extremos de esa doble bifurcación de las opiniones, no es extraño que fueran desfavorablemente influídas por el mal irremediable de las intemperancias partidáristas. Y no hay por qué dudarlo, esa pérdida lamentable del justo medio contribuyó en no escasa medida a la germinación y arraigo de la idea separatista del Istmo, por cuanto elevó a enormes potenciales la inmensidad de sus sufrimientos, a la par que la justeza de sus designios.

"Desde 1810 hasta 1886 la vida de Colombia ha sido revolucionaria, no obstante el goce de algunos períodos de paz. Puede afirmarse que durante estos tres cuartos de siglo, la revolución ha sido permanente, porque cuando no se ha patentizado con las violencias de la guerra civil, ha subsistido latente en las ideas, en las aspiraciones de los partidos y en la inestabilidad de las instituciones y de los intereses. Y para que la enseñanza histórica sea más patente y más fructuosa, del encadenamiento de los hechos se desprende una verdad irrefutable, a saber: que cada vez que la acción revolucionaria ha ido demasiado lejos en el sentido democrático, la correspondiente reacción ha venido a enfrenarla, a corregirla y balancearla en favor de la autoridad; y que a su vez, cada exceso prolongado en el uso de la autoridad, ha hecho germinar nuevos esfuerzos en el sentido del liberalismo revolucionario".

## Eduardo Chiari

### DOCTOR JUSTO AROSEMENA

Este hombre ilustre nació en la ciudad de Panamá el 9 de Agosto de 1817. Fueron sus padres don Mariano Arosemena y doña Dolores Quesada.

A los diez y seis años fué enviado al colegio de San Bartolomé, de Santa Fe de Bogotá, donde coronó sus estudios de abogado.

Se inició en la gestión de los asuntos públicos con el desempeño de destinos municipales, puramente honoríficos, tales como concejero y procurador.

En 1850 ocupó un asiento en la Cámara seccional de Panamá, en la cual dió a conocer sus dotes de legislador con la preparación de ordenanzas sobre policía, mercados, ventas y todo aquello que comprende el régimen municipal.

En 1852 fué investido con el carácter de representante de Panamá en el Congreso Nacional. Fué elegido Presidente de la Cámara popular ese mismo año y le correspondió suscribir la Constitución famosa de 1853.

Estaba de Presidente del Senado el doctor Arosemena cuando tuvo lugar el movimiento político que culminó en la usurpación del General Melo. Con este motivo el doctor Arosemena salió a campaña por primera y única vez, para combatir a favor de la legitimidad. Restablecido el orden, ocupó su puesto de Presidente del Senado y con este carácter firmó la sentencia dictada contra el General Obando por la participación que tuvo en los sucesos de 1854.

A los esfuerzos del doctor Arosemena se debió en primer término la creación del Estado Soberano de Panamá en 1855, del cual fué su primer Presidente. Se encargó del puesto en Julio de 1855 y lo renunció el 28 de Septiembre del mismo año, mucho antes de que se venciera su período, debido a que se hallaba en desacuerdo con los miembros del Poder Legislativo en asuntos de administración.

Creía el doctor Arosemena que las revoluciones no eran el medio adecuado de solucionar los problemas políticos, y debemos decir en honor suyo que no fué partidario de la que promovió el General Mosquera en 1860 contra el gobierno legítimo del doctor Ospina. Como liberal una vez que el partido adoptó ese camino, no pudo hacer menos que se-

guirlo y trabajar porque el nuevo orden de cosas se constituyera en la mejor forma posible.

Con tal fin tomó asiento en la célebre Convención de Ríonegro. La elección de Presidente de esta corporación recayó en el doctor Arosemena, y como tal suscribió la Constitución de 1863, que él no aprobó sino en términos generales.

Terminadas las labores del Congreso de ese año, el doctor Arosemena se consagró a la carrera diplomática, en la cual le prestó al país valiosos servicios, arreglando de modo satisfactorio todas las cuestiones que fueron encomendadas a su pericia y habilidad.

Fué Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia ante los gobiernos del Perú, Chile, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y Venezuela.

La antigua cuestión de límites entre Colombia y Venezuela le brindó al doctor Arosemena la oportunidad de lucir una vez más las cualidades sobresalientes que lo distinguían como diplomático, pues él le puso fin a la controversia con la celebración de un Tratado de Arbitraje, en virtud del cual se sometía la decisión del asunto al Rey de España.

No menos importante es la labor del doctor Arosemena como escritor político y científico. Entre los numerosos folletos que escribió sobre cuestiones de interés público, podemos citar los siguientes: "Principios de Moral, Examen sobre comunicación interoceánica, Idea de una liga americana, Moneda internacional, Estado Federal de Panamá."

De sus obras más notables son los "Estudios Constitucionales y La institución del matrimonio en el Reino Unido." Esta última fué escrita en inglés, idioma que él poseía con tanta perfección como el suyo propio.

Dos veces le ofrecieron al doctor Arosemena sus amigos lanzar su candidatura a la Presidencia de la República, con grandes probabilidades de triunfo; pero él, modesto como pocos y temeroso tal vez de verse obligado en el ejercicio del poder a obrar en contra de los dictados de su conciencia, rehusó con firmeza ese honor en ambas ocasiones.

Decepcionado de la política, el doctor Arosemena se retiró a la vida privada y fijó su residencia en la ciudad de Colón, donde le sorprendió la muerte el día 23 de febrero de 1896.

Jeptha B. Duncan

## EL PORVENIR DE LAS PROFESIONES TECNICAS

La escuela o pedagogía contemporánea tiende a que la enseñanza no sea el privilegio de un gremio o de una clase, sino que extienda su influencia redentora a todos los ámbitos del país y se dirija a todos los habitantes sin excepción. Ella no tiene por finalidad exclusiva la simple instrucción de los educandos, es decir la mera transmisión de conocimientos científicos o literarios, sino que aspira a preparar en el niño al futuro ciudadano que deberá realizar labor de interés social, y también, al futuro obrero que tendrá por objetivo la ejecución de una obra práctica, utilitaria si se quiere, pero indispensable para la colectividad.

Los planteles del género de la Escuela de Artes y Oficios responden, por consiguiente, a una necesidad ineludible y se conforman al espíritu que anima la enseñanza moderna.

Y la estructura de la sociedad presente así lo quiere, pues basada como está, a pesar de lo complejo de sus intereses y aspiraciones, en fundamentos de orden económico en que prevalecen las relaciones del capital y del trabajo, es de esperarse que en su estabilidad y desenvolvimiento pese grandemente el influjo cada día mayor del obrero y del artesano, lo que obliga al estado a preocuparse por la preparación de éstos, no sólo en los detalles de la profesión que haya adoptado, sino en los estudios colaterales que permitan darles una cultura que haga de ellos artífices competentes e individuos penetrados de los deberes y las obligaciones que implica la vida ciudadana en su democracia.

Creo que nunca como en la actualidad, al borde ya de una era de reconstrucción moral y material, se ofrece un porvenir tan risueño para las profesiones y artes técnicas y para aquellos que las cultivan.

Una de las grandes lecciones que deja el conflicto tremendo por que ha atravesado la humanidad, es, a no dudarlo, la importancia creciente de las ciencias aplicadas y los ramos técnicos en la vida diaria.

En alguna parte dice el psicólogo Williams James que en la vida apenas hacemos uso de la infinitésima parte de la energía que encierra nuestro organismo, pues la casi totalidad de ella permanece siempre en reserva, en estado latente, de donde bien puede asegurarse que la generalidad de los hombres pasan la existencia a semejanza de esas máquinas de las que se dice que andan a medio vapor porque no se les abre la

válvula que les comunica el estímulo necesario para que alcancen su máximo de poder y velocidad.

Se requiere en el hombre que sobrevenga algún estímulo inesperado, alguna idea irresistible de necesidad o alguna sacudida social profunda que exalte su emotividad, constriña su voluntad a un esfuerzo inusitado y abra así el cauce de esas energías acumuladas y las encarrile por el sendero de la acción. Y la verdad que implica tal aserto ha quedado ampliamente demostrada en esta guerra. En ella el hombre, acosado por necesidades apremiantes, mantenido en alta tensión mental por la incertidumbre del futuro y hostigado por las emociones hondas e inquietantes que caracterizan la psicología humana en tiempos azarosos, ha aguzado su ingenio y ha aplicado su mentalidad a tal grado, que en los cuatro años que ha durado el conflicto, la ciencia, las artes mecánicas y las profesiones técnicas en general, han hecho progresos tan estupendos y tan increíbles que ni en los fantásticos sueños de Julio Verne encontraríamos paralelos que oponerles.

Es dable creer que las aplicaciones de la ciencia que tanto han pesado en la determinación del rumbo de la guerra y que tan pavorosas armas colocaron en manos del guerrero serán aprovechadas ahora en las industrias y faenas de la paz y que a la vez que la importancia de los individuos de preparación técnica aumentará en la comunidad, aumentarán igualmente para ellos, a guisa de incentivo, los beneficios concretos que necesariamente resultarán de tal estado de cosas.

Hay múltiples motivos en qué fundar esta esperanza y entre ellos está la creciente demanda general que en todas partes se nota por el aumento de eficiencia en el individuo.

Se exige mayor precisión y exactitud en el pensamiento y mayor precisión y exactitud en la acción, es decir, se exige en el individuo habilidad mental y física para concebir y ejecutar en un caso dado, del modo a la vez más económico.

Y ¿en dónde adquirir esa habilidad con más certeza que en los cursos técnicos y las clases de trabajos manuales existentes en planteles como éste? La aplicación de la mente a la resolución de problemas de matemáticas o a la realización de experimentos de Física y Química, el adiestramiento de los sentidos, especialmente de la vista y del oído, mediante el dibujo y el manejo de instrumentos de precisión, el ejercicio de las manos en las labores concretas y de utilidad en los talleres de Carpintería, de Mecánica y de Electricidad, todo ello contribuye a dotar al individuo de una claridad en la organización del pensamiento, de rapidez y seguridad en el cálculo y de habilidad en la ejecución, en una palabra, lo hace eficiente.

## Guillermo Colunje

### LA MARSELLESA

No es fácil explicar qué poder fascinante tiene la música de ese canto que ha dejado de ser himno nacional de Francia para convertirse en el grito universal de la Libertad. Cuando uno escucha los acordes de ese aire marcial, sobre todo las clamorosas notas del estribillo, no es posible que deje de sentir una como corriente eléctrica que le recorre la columna vertebral, le eriza la piel con un estremecimiento espasmódico y le contrae el músculo diafragma para ensanchar los pulmones en un ansia de aspirar más aire, aire purísimo, oxígeno que enriquezca la sangre haciéndola más roja, de mayor fuerza dinámica para recorrer celera y fecundante todos los canales de la red circulatoria.

La Marsellesa es un grito que pide sangre, sí, sangre de renuevo, sangre viril y sana que fortalezca el músculo convirtiéndolo en resorte de acero:

“q' un sang impur abreuve nos sillons”

“Que la sangre impura empape los surcos de nuestra tierra”, pide en un arranque de delirante entusiasmo, con grito tremebundo, con notas de vibración electrizante, aquel himno sublime. Pero no es, así lo entiendo yo, que quiere que derramemos la sangre de otros pasándolos a cuchillo. No. Lo que pide es que derramemos la propia sangre, lo impuro que tengamos en ella, con el sudor del trabajo y de la lucha por la emancipación del hombre dentro del orden y la paz, y la renovemos llenando nuestros pulmones de aire puro, de aire de libertad y de justicia.

Sobre uno de los muros de mi alcoba hay colgada una modesta estampa litográfica. Representa una mujer joven, alta, esbelta, de formas armoniosas, que por todo traje lleva envuelto el cuerpo en un manto azul, blanco y rojo que ciñéndola, hace resaltar sus perfecciones esculturales. En la cabeza lleva un gorro rojo y alza al aire sus brazos torneados y robustos mientras su boca se abre entera en un grito sonoro. Y es tal la expresión de aquella figura dibujada en colores vivos, que aunque muda e inerte, cuando se la contempla parece como si se escuchase claramente el grito que sale de sus labios:

“Aux armes, citoyens!”

Aquella es la figura de La Marsellesa.

Qué significa su grito? “Tomad las armas ciudadanos”, dice. Notémoslo bien: no llama a los soldados a luchar contra los soldados: llama a los ciudadanos. Es un grito de muerte contra el militarismo. . . .

Y la Francia que amamantó a Rouget de L' Isle, el creador de ese canto de libertad, que alimentó en su seno a ese pueblo de París que el 14 de Julio de 1789 derribó los muros de la Bastilla; que contuvo en Agosto de 1914 a las orillas del Marne el avance de los plantígrados vestidos de hierro que blandían la maza aplastadora de Thor, es aun la misma Francia, a pesar de todas las reacciones retrogradantes de sus directores. Es la misma Francia, que ahora duerme, rendida de la fatiga del combate, pero que en día no lejano sabrá despertar para gritar de nuevo: “Empuñad vuestras armas, ciudadanos!”

Y a mí me parece que las armas del ciudadano no son, ciertamente, armas de guerra.

## Harmodio Arias

### EL PATRIOTISMO EN RELACION CON LA ENSEÑANZA

Entiendo por patriotismo ese alto afecto que domina al hombre en su doble carácter, como individuo y como sér social, y que le hace reconocer, proteger y favorecer su propia dignidad, la de las demás personas dentro del sistema social y del organismo político en que vive y la de todos los pueblos que forman la gran familia de las naciones. Es ese hecho inherente en toda colectividad civilizada sobre el cual descansa la vida misma de la nación. Todo lo que lo cercene o vulnere necesariamente entraña la supresión de la comunidad como nación, porque no puede concebirse el patriotismo a medias, y una colectividad sin patriotismo carece de integridad y de cohesión; no puede ni debe ser soberana e independiente. Es por esto precisamente por lo que viene a ser un elemento que ampara el desarrollo de un pueblo y es indispensable para el equilibrio social.

Impelidos por la fuerza irresistible de ese amor entrañable al suelo en que nacieron, nuestros héroes del siglo pasado vencieron obstáculos sin cuento, se sacrificaron por legiones, consumaron hechos heroicos, casi inverosímiles, y, al fin, lograron su objeto: adquirir para nosotros el suelo en que nacieron nuestros padres y en donde ahora se desarrollan nuestras actividades, bajo el amparo de instituciones democráticas, "de esas doctrinas", como dice un eminente tribuno, "de paz para todas las naciones, de libertad para todos los hombres, de amor entre todas las razas, esas doctrinas democráticas como nacidas en el seno de la razón humana que tiende en todas sus obras a lo incondicional, son unas mismas en todas sus latitudes del globo, así en este viejo mundo sem-

nen libertad de acción, y, desde luego, con ella cercenan la libertad de los otros asociados.

La libertad civil no puede ser exclusiva ni egoísta; tiene que consistir en garantías y frenos mutuos. No pueden existir las primeras sin los últimos; así que el complicado engranaje del organismo social, si ha de desarrollarse dentro del armonioso funcionamiento de las instituciones democráticas necesita de tolerancia mutua para que pueda germinar y prosperar. La ausencia de la tolerancia es el estigma del absolutismo y de la tiranía. De aquí que se haya afirmado de la libertad, y no sin razón, que los hombres patriotas la amen y los déspotas la aborrezcan y que "es digna de que para ella se viva, de que por ella se mate, y de que por ella se muera".

No es mi intención apuntar potencialidades ominosas. Ni entra en mi propósito enumerar, y mucho menos explicar, los múltiples elementos que vienen a constituir la libertad; tampoco trataré de indicar los difíciles problemas que tiene que resolver la política práctica para proteger al individuo contra la intervención de su libertad personal por parte de los que ejercen el poder, y para permitir y asegurar el libre y fecundo desenvolvimiento, en toda su amplitud, de la personalidad de los asociados. Son éstas cuestiones trascendentales que, con sólo sugerirlas, se trae a la mente la necesidad imperativa en que está todo hombre de examinar conscientemente las condiciones sociales por que atraviesa la humanidad. El que así no proceda desconocerá sus deberes, y no podrá alcanzar los fueros de la libertad. En el primer caso está incapacitado para contribuir a la protección del organismo político, y en el segundo estará desprovisto de los medios de defender sus propias prerrogativas. En una palabra, no será patriota ya que no podrá formarse juicios que se cristalicen en prácticas o preceptos para bien de la comunidad.

Si esto es así en tesis general, con mucha mayor razón en nuestra incipiente nacionalidad que ha venido a formar parte de la gran familia de las naciones civilizadas, como aliada perpetua de la portentosa nación norteamericana, con la cual necesariamente tendrá siempre que mantener estrechas relaciones y coadyuvar a la solución de problemas importantes. Por otra parte, la especialísima posición que nuestra patria ocupa en el Universo hace que se vaya convirtiendo en un centro en que se dan cita hombres de todas las razas y de todas las creencias, que nos traen consigo no solamente sus virtudes y sus refinamientos sino también todos los grados de vicio y de grosería.

Henos aquí, pues, que si hemos de seguir gozando de los beneficios que nos brinda nuestro suelo bajo el amparo de las libertades cívicas que nos legaron nuestros antepasados, y si hemos de continuar en el desarrollo de nuestras actividades sin menoscabo de nuestra dignidad, y ante el respeto y la consideración que despierta un pueblo altivo que cumple sus deberes y reclama sus derechos, preciso es que nos coloquemos en condiciones para ello. Y como sabemos ya que los proble-

mas que se suscitan en democracias como la nuestra son complejos en extremo, claro está que toca a la enseñanza echar las bases en que ha de descansar nuestro patriotismo.

No es impertinente, por tanto, insinuar aquí que el patriotismo y la enseñanza tienen vínculos muy estrechos. Aquí tiende al engrandecimiento de la patria; es ésta el factor que determina la salud física, intelectual, moral y espiritual del hombre, así, que sin ella, como queda apuntado, el llamado patriota algunas veces degenera en simple instrumento de vil especulación política, y otras veces, cuando alcanza el poder, se convierte en elemento de tiranía o de desprestigio, desde luego que sus actos son brote de meras emociones y no van temperados por la serenidad augusta que entraña la cultura.

Los adolescentes de hoy en la América Latina se levantan en una éra propicia para hacer surgir y ensanchar sus facultades latentes de verdadera cultura, en pro de los intereses vitales de la democracia. Dos causas distintas contribuyen eficazmente a ese fin.

Una de esas causas consiste en el hecho de que estamos en una éra en que ya comienza a reorganizarse los métodos de enseñanza superior, a fin de hacerla responder a las exigencias de esta nuestra complicada vida moderna. Principios más liberales de educación que los que dominaron hasta hace poco en las Universidades van ya adquiriendo la realización del ideal que consiste en adaptar esas instituciones a las necesidades del individuo sobre bases amplias y comprensivas. Se trata de desarrollar por este medio la propia actividad educativa "para ejercitar en el estudiante hábitos de razonamiento," y desligarlo de la servidumbre del dogmatismo y de la inveterada complicidad de rendir homenaje a la autoridad doctrinaria.

La otra causa, que aunque abraza distinto punto de vista, no deja de tener importancia educativa actual, consiste en el ejemplo que nos da la vieja Europa, convertida hoy casi en desolación y ruína, por razón a no dudarlo, de la falta de patriotismo de sus hijos. Guiadas las clases dirigentes en su mayor parte por recelos, suspicacias y ambiciones, han lanzado a los ciudadanos a la guerra más horrenda que registra la historia. Las mezquinas intrigas de unos cuantos tienen a los pueblos de ambos bandos inermes, privados de sus derechos. Parece aquello una maldición abrumadora; desesperante, pues el triunfo ha de ser tan desastroso como la derrota. Es casi inconcebible que pueda perpetrarse tamaña catástrofe en nuestros tiempos, a no ser por olvido, postergación o desconocimiento de la dignidad del hombre. Nuestros jóvenes, digo, pueden contemplar, lejos de las emociones que produce la participación en el conflicto, cuán fácil es que se desborde la franqueza humana, para sumergir nacionalidades enteras en miseria y angustia indescriptibles, si es que no quedan casi exterminadas, en lugar de continuar en el crecimiento y en la prosperidad sorprendentes con que las saludó el presente siglo.

No hay que olvidar, pues, que la cultura es un complemento indis-

pensable del patriotismo y que en las democracias también existe el peligro de que se desvirtúen los preceptos de la libertad, no tanto por el terror y el soborno, y abiertamente, sino por la ignorancia de los gobernados y de manera velada, convirtiéndola así en vacías apariencias. Entonces tales agrupaciones, bajo el nombre de Repúblicas, que les dió el patriotismo de sus fundadores, se reducen a meros peculados para la conveniencia exclusiva de unos pocos. La ignorancia en las democracias ofrece campo propicio para que germinen males que pueden convertirse en calamidades de alcance incalculable. Toca a la juventud ampararse de semejantes peligros, por medio de las luces redentoras de la cultura. El hombre instruído no se somete a los degradantes lazos de la servidumbre.

Guillermo Patterson Jr.

(1884)

### LA TERAPEUTICA DE LA RISA

Desde tiempos remotos ha existido en todas partes la creencia, sin base aparente, de que la gente gorda es feliz. El inverso se ha tenido también como cierto y de allí se ha derivado como colorario que todo el que sufre moralmente con el bien de la humanidad se enflaquece. Estas creencias que han pasado a la categoría histórica de tradiciones fantásticas dieron origen a frases que usamos todavía con mucha frecuencia, si bien es cierto que para el hombre contemporáneo no tienen el mismo significado gráfico que expresaban a la comprensión de nuestros antepasados. Entre otras están las siguientes: "Ríete y engorda." "Más feliz que un gordiflón". "Más desgraciado que un tísico". "Más flaco que un envidioso." "Está flaco de tanto regañar."

Pocas son las personas que no han repetido alguna de estas frases comunes; pero a ninguna quizás se le ha ocurrido que la risa sea verdaderamente cosa digna de lugar en la farmacopea. Nadie niega, sin embargo, que las distracciones oportunas son para el convaleciente más eficaces que las mejores medicinas y que la melancolía o tristeza habitual acaba con el sistema nervioso mejor constituido, por lo que no sólo acorta aun más la existencia transitoria del individuo sino que hace de esa vida efímera una carga insoportable.

Pero ningún médico había usado hasta hoy la risa, que sin duda es un agente medicinal de primera calidad, de una manera ordenada, racional y sistemática para curar las enfermedades. Le ha tocado al doctor F. de Havilland Hall, médico inglés de nota, introducir la "cura por medio de la risa" como un sistema terapéutico de indiscutible valor científico. El famoso médico de Alvión hace una brillante exposición de sus métodos en el "British Medical Journal."

No la ofrece como una panacea para todas las enfermedades. Eso sería pregonar una ineficacia que no tiene o ponerla, por lo menos, en categoría dudosa, ya que es sabido que lo que todo lo cura nada cura. Por el contrario; el autor recomienda encarecidamente que no se aplique a individuos patológicos que sufran del corazón, de pleuresía o de peritonitis. Verdaderamente, estos enfermos delicados requieren reposo y tranquilidad y si en vez de evitarles emociones intensas los indujera-

mos a caer en un acceso fatal de risas terapéuticas, pronto sería descartada para siempre la naciente "hilarioterapia." Pero en bronquitis, nefritis, las neurosis, cólicos, melancolía, decaimiento general y otras enfermedades comunes parecidas, no cabe la menor duda de que tiene completa razón el distinguido galeno.

Quién que haya sido movido a risa durante un ataque de bronquitis puede dudar de las cualidades expectorantes de la risa? Como diaforético, qué puede excederla? Y tiene también gran efecto estimulante sobre otras funciones de eliminación.

Por otra parte, el aspecto que no se ha estudiado a fondo es su farmacología, pues ya todo el mundo habla de la psicología de la risa, de la etiqueta de la risa, del arte de sonreír, etc. Nadie discute siquiera el hecho de que da temple muscular, de que elimina la sangre de las vísceras hipertrofiadas, de que aviva el cerebro adormecido, de que despierta el sistema nervioso inactivo y de que estimula las glándulas secretoras y excretoras.

Ha llegado para el médico, pues, el tiempo de olvidar las odiosas fórmulas de recetas amargas y desabridas y de sustituirlas en su memoria por cuentos ocurrentes, chascarrillos y chistes bien clasificados y adaptables a todos los gustos.

Los frascos del farmacista que adornan los aparadores en todos los comedores de los hogares latinoamericanos serán sustituidos por tarjetas que digan: "Una buena carcajada antes de cada comida" o "una sonrisa antes y después de comer" o "tres minutos de risa cada dos horas." Por supuesto que las circunstancias especiales de cada enfermo constituirán el estudio principal del médico; así a un individuo próximo a casarse no se le echarán cuentos de las suegras, y a éstas mucho menos.

Con un poco más de estudio, tomando la risa más en serio, muy bien puede desarrollarse un nuevo sistema terapéutico que dejará muy atrás a todos los demás. Cuenta para ello con la inmensa ventaja sobre los antiguos de que con él no se necesitan polvos, ni parches, ni uncar en la naturaleza los rítmicos acordes del buen humor y de la alegría, ni medicinas desagradables; al contrario, será de lo más placentero reírse a toda hora del día, ver el lado ocurrente de la vida, buscar en la naturaleza los rítmicos acordes del buen humor y de la alegría del vivir, cantar el inmortal gorgojo de la sonora carcajada como los pájaros, como los ríos, que cantan un himno de bondad, de exuberancia y de despreocupación a la vida armónica del universo.

Napoleón Arce

(1885)

### LOS CORSARIOS DE LA IDEA

No nos empeñemos en destruir las obras de los otros, máxime si somos incapaces de reedificarlas.

Oponer obstáculos al que desinteresadamente trabaja por el progreso de la patria y por el bienestar de la sociedad en general, es el mayor de los crímenes.

Hay en el seno de la Naturaleza dos fuerzas en acción continua, inmediata una de la otra y contrarias entre sí, a saber, la que crea y la que destruye: la primera corresponde a los agentes del bien y de la vida y tiende hacia arriba, hacia los espacios estelares; la otra a los agentes del mal y de la muerte, y tiende hacia abajo, hacia las sombras y hacia el misterio.

Labor patriótica en el verdadero valor de este adjetivo y que se viene haciendo necesaria desde hace mucho tiempo, es la de abrir campaña firme y enérgica en beneficio de las letras nacionales, contra cierto elemento que en nuestro país, desgraciadamente, opone una valla casi insuperable a la acción cultural en que desinteresadamente y sólo con el noble fin de servir al progreso de la patria, se empeñan los que han tenido la suerte o la fatalidad de venir al mundo con un poco de luz en el cerebro.

En realidad nada más antipatriótico, nada más ruín y degradante, nada en fin que en más alto grado desdiga de nuestra común cultura, que esa mesnada de críticos que a toda hora y en todas partes, a sotto voce y sin saber de lo que tratan, dan al traste con la reputación del

infeliz que tuvo en mala hora la osadía de sentir y de pensar más alta y profundamente que ellos.

Luchar contra la inercia que opone la ignorancia; luchar contra la indiferencia de un medio puramente mercantil; luchar contra la inconsecuencia de los que creen que se merecen todo y que se lo saben todo; sin encontrar jamás una frase de justicia que sirva de estímulo en la más noble como ingrata labor, y, en fin, sin merecer otro premio en pago de sus desvelos y fatigas que amargas decepciones, tal es la suerte del que en esta ingrata tierra se lanza por la senda del sentimentalismo y de la idea.

En los parques, en las cantinas y cafés, donde quiera que se congregan como una calamidad esos elementos de destrucción, más funestos en sus efectos que los terremotos y las langostas, puesto que destruyen el producto del ingenio que no puede rehacerse, se oye de los labios del que para tal se cree autorizado por el hecho de llevar la cabeza repleta con media docena de libros de Vargas Vila, de quien de paso ha recogido la ampulosidad de la frase y algún excelente consejo sobre moral, el juicio más severo contra Juan, cuyos artículos encuentra pésimamente concebidos y peor escritos, cuando no son copiados de los libros, (libros que sólo estos criticadores conocen). Otro se alza contra Pedro porque escribe de oídas sobre lo que absolutamente ignora, puesto que no ha podido estudiarlo; allí, a mansalva, sin el menor remordimiento, se destrozan los frutos de cuantos en el país se dan a la amarga tarea de escribir para el público, allí se burlan a más y mejor de los poetas nacionales, cuyas producciones adolecen de qué sé yo cuántos defectos, por más que muchos de estos benignos jueces de la literatura llamen verso a la estrofa y "escriban sonetos de veinticuatro versos."

Ante semejantes lumbreras constituídas por sí y ante sí en árbitros de los sentimientos y de las ideas de los demás, nada, absolutamente nada existe de bueno en el país, puesto que en su eminente criterio, ninguno vale nada, ninguno sabe nada aunque haya pasado su existencia devanándose los sesos ante el libro. Estos enemigos de toda labor edificante, no admiten ni muy remotamente el que otros puedan por medio de perseverante estudio, en íntimo trato con los libros, llegar con tiempo a adquirir facultad intelectual, ni siquiera el derecho de pensar y de sentir, y así, el sabio y el artista, pueden pasar ante ellos bajo la triste condición de seres miserables e inútiles.

Cuántas veces al meditar en ese terrible mal que invade nuestro ambiente he sentido verdadera compasión hacia aquellos que en medio tan impropio, entre la desaprobación y las burlas de los que no alcanzan a comprender las sublimidades del espíritu elevado que cumple su misión sobre la tierra, trabajan con toda fe, lejos de todo mezquino interés, por demostrar a los demás pueblos de la tierra que nuestro país no es el país de salvajes que han tratado de exhibir en postales y escritos ridículos los gratuitos enemigos de nuestro suelo y de nuestra raza, y que la Ciencia y el Arte y la Literatura no son plantas exóticas

entre nosotros. Cuántas veces me he estremecido de horror al contemplar cerca de mí la tarea de los que impotentes para edificar se complacen en destruir las obras de los otros, tal como lo hace aunque sin igual provecho, el salvaje con las construcciones de las hormigas africanas.

Pero lo peor, lo más grave es que este prurito de destrucción personificado, sólo acomete al elemento nacional, pues como ha dicho muy bien uno de los nuestros, venga de fuera cualquier pedante y será preferido a todo hijo del Istmo sin otro mérito y sin otra razón que los de ser extranjero.

La crítica justiciera, la crítica elevada que enaltece y purifica, no ha logrado hasta ahora germinar entre nosotros, en donde el egoísmo, pero un egoísmo malamente entendido, lo es todo y lo abarca todo.

¿Dónde debemos buscar el origen de tan terrible mal, contra el que en vano luchan los que sueñan con el resurgimiento de las letras patrias? ¿Acaso sea un fenómeno propio de nuestras latitudes, de nuestro abrazado clima, de la naturaleza de nuestro suelo? No es posible; la azarosa vida llena de martirios y vejámenes que arrostró el sublime Poe; el terrible medio contra el cual se estrellaron las energías y todo el poder de su genio jamás comprendido ni aun a medias por los suyos, basta a probarnos que allá también en las frías regiones del norte en medio de una naturaleza menos refractaria a las grandes concepciones del espíritu existe como entre nosotros esa terrible enfermedad que nos abate.

Tampoco debemos creer que se la encuentre en las constantes preocupaciones que consigo trae la lucha por la vida sostenida entre los hombres como entre todos los seres de la tierra; desde luego que aun cuando en esa terrible lucha tienen la mayor parte los desheredados, suele entre éstos, con mayor frecuencia, encontrarse espíritus verdaderamente superiores que desdeñando el común nivel, pugnan por romper las ligaduras que el medio les impone y por remontarse a espacios más puros y más amplios.

Pero sea cualquiera su origen; esté esto en la naturaleza o en la instrucción a medias y en la educación imperfecta, cosas ambas que sacan al hombre de la sencillez del ignorante perfecto para colocarlo en la petulancia del mediocre, lo cierto es que el mal existe entre nosotros, como una mala yerba que impide el desarrollo de la buena, y contra ese obstáculo es necesario, es urgente que el elemento intelectual del país concentre sus energías a fin de que no se pierda inútilmente la obra cultural por éste emprendida en beneficio de la patria.

Trabajemos, pues, desde luego, por matar entre nosotros ese espíritu de egoísmo que nos impide ver un fin benéfico en las obras de los otros; impidamos o tratemos al menos de impedir que ese defecto se trasmita a las generaciones futuras; establezcamos en Panamá la crítica elevada que corrija los errores y que reconozca el mérito donde quiera que se encuentre, lejos de todo prejuicio político, social o religioso. Así, sólo así, podremos realizar una obra digna de la patria y de la

## Fabio Ríos

### AYESHA NATHO

Una diveta amorosa de sangre  
hosca y corazón de sultana.

Vais a pensar, por lo oriental de su nombre, que Ayesha Natho es una morenita, cabalgadora de los grandes desiertos; una beduina de tez dorada como el trigo, venida a París en busca de renombre . . . pero no lo penséis. Madame Natho es una parisiense de gran mundo; es una intelectual, una escritora de la talla de Madame Bertheroy y de la reina Carmen; una escritora dulce y melancólica que, como Madame Gérard d'Nouvelle, la poetisa de "Le Seducteur;" ama la vida criolla, adora el sol y las monotonías grises del desierto y, sueña al recuerdo del país de casitas bajas y azules; "de un azul robado al cielo de Africa" donde moran los "karkas" prodigiosos que tejieron con sus manos los encajes de la Alhambra.....

Es parisiense—digo—pero su alma se ha nutrido en el Imperio de Magheb, el claror de los mil fuegos crepusculares del "sohko". Allí fué cual Dafne, la eterna fugitiva, trashumando del desierto a los grandes capitales, viajando por las ciudades marroquíes..... por Rabat..... por Marrakech..... por todas partes, llevando siempre su bagaje de ensueños y escribiendo con la melancolía egoísta del poeta.

Yo la conocí en uno de estos calurosos días de estío, en un pequeño restaurant del puerto, por uno de esos golpes del azar que a veces ocasionan un afecto, o un dolor o una inmensa pesadumbre..... Para mí fué una sorpresa, una de esas sorpresas que surcan el alma y que por ley psicológica están llamadas a presidir recuerdos y sembrar esperanzas.....

Por la noche cenamos juntos.

—Yo vivo—me ha dicho—como los nómadas del desierto. La vida de París me fastidia enormemente. Me encanta viajar, conocer, escribir..... Tal vez iré al Japón dentro de algunas semanas.....

Y como si sus palabras no bastaran:

—Sabe usted cuándo me siento más feliz . . . Cuando vivo bajo mi tienda, con mis esclavas negras, con esos beduinos paupérrimos que duermen al azar, bajo la luna.....

En efecto, Ayesha Natho demuestra ser una mujer enérgica, de sangre hosca. Su odisea se dirige hacia Oriente, siempre hacia Oriente. Su sexo le abrió las puertas secretas de los "haremliks" turcos; con su plumas descubriólos a los ojos de los parisinos y festejó el prestigio enigmático de las favoritas de los reyes orientales..... Más joven trabajó en el Vaudeville de París, encarnando diversas heroínas y arrancando multitud de aplausos al público parisiense. Pero el sueño de su epopeya la llevó lejos de la Ciudad-Luz: sus laureles crecieron—como os he dicho—en Oriente.

Escribe en "La Chimére Apprivoisée" crónicas de intrigas galantes, llenas de lucidez y de ensueño, contándonos en ellas los secretos encantos de los "harems" y los jardines místicos, de las mezquitas santas y las aguas azules del divino Cuerno de Oro. Es bella y más que bella, voluptuosa. No ha nacido para la elegancia demostrativa sino para la belleza simple y grande. Su prestigio femenino hace evocar el prestigio y el talento de Ninón de Lenclos.

Un día invitóme a un café árabe, a la orilla del mar, bajo una tienda también árabe.....

—Quiero—me dice—evocar mi vida del desierto..... No deje de venir.

A las nueve de la noche, recostados en cojines de damasco sorbíamos en microscópicas tazas de laca el amargo tónico, mientras que en hermosos pebeteros de bronce hacía arder perfumes exquisitos y exóticos que hacían soñar con leyendas sagradas; con danzas macabras y cabezas de bautistas. Después cantóme alegrías de los "Ballets-russes" que en estos últimos días fueron el encanto de la temporada rusa en la Opera, y dióme a beber licores sibaríticos. La ilusión fué completa. Es encantadora.

Su alma encierra todo un poema de amor y de dolor a la vez. A la poesía de su alma se ha unido el dolor de su vida..... Al espíritu visionario y vagabundo que la llevó a léjanas tierras se interpuso el fantasma del amor. En su fragante primavera amó con el delirio frenético de las cortesanas; de ese amor nació una hijita tierna y bella como una gaviota, ruiseñor de la alcoba maternal.

Oid lo que dice de ella:

"Todo ha muerto en mi corazón: placeres, esperanzas, pasiones de ayer. Todo rodó al fondo de una tumba invisible dejándome pálida y martirizada; y en la profunda tristeza de esta noche eterna y el frío de la sombra, mi hija como un ángel risueño me consuela de esta vida aún más cruel que la misma muerte."

Pero ese bello ángel de que habla es más que un consuelo; es un pedazo de su gloria; es un ángel de quince años que ya ha ganado primer premio de piano en el Conservatorio de París, una futura artista que llega al tercer grado del genio. Su música ya embriaga. Sus manos aún pequeñas y débiles han sabido ya arrancar al teclado gemidos secretos..... Armonías divinas.

Yo no puedo resistirme al deseo de contaros mi impresión de cuando la escuché por vez primera, a manera de una cortesía para esta artista tierna y adorable de quien conservo tan imperecederos recuerdos:

Fué una noche del último mes de Junio, en uno de estos balnearios cercanos. Vagábamos por la playa, bajo la muda caricia de la luna, y como Madame Natho temía la frescura de la noche, decidió entrar a casa y que su hija tocara el piano. Yo acepté gozoso..... Tenía deseos ardientes de oírla. En el silencio de la noche escuchábamos.

Aquella música era un motivo de una energía y una melancolía salvajes, parecidas a las risas grotescas de una multitud furiosa. Primero eran como sollozos que se alejaban en la noche lentamente, tristemente, como frases de dolorosa súplica, tiernas y a la vez sensuales que acababan después en carcajadas locas, en refranes báquicos, en olas que se chocan y se entrelazan; todo un torbellino de notas ascendentes y descendentes que recorrían las fibras de mis nervios en horrible crispatura..... Tan pronto era como un rezo de un coro perdido en la nave de una iglesia, tan pronto el canto amoroso de un pastor perdido en la inmensidad de una pradera. Era como un himno de amor cantado por un coro de ángeles.....

Desde entonces prometí relatar aquella feliz visita, haciéndolo hoy bajo la emoción de otros tantos recuerdos que han endulzado muchas amargas horas de mi vida.

Saint Nazaire, Agosto de 1914.

## Raul Alvarez Alvarado

### POR LA PAZ

Hoy sí podemos cantar a la paz; ahora sí podemos decir que ya la sangre no correrá más sobre el suelo europeo.

Cantemos a la paz, porque ella devuelve al mundo su perdido equilibrio. Elevemos nuestros himnos a la paz, porque ella ha permitido que los hombres vuelvan a abrazarse como hermanos!

Yo no canto a la victoria, y mi incensario, sólo quema sus resinas perfumadas en los altares del templo blanco de la paz.

Los clarines de los heraldos del Triunfo, hieren despiadadamente el oído de los vencidos. Y por eso, yo no canto más triunfos que los del Pensamiento.

Mi admiración va hacia los vencedores; y mis plegarias son para los vencidos; pero mis cantos son para la Fraternidad.

En estos momentos de fraternidad universal, el canto para los vencedores deprime a los vencidos, y esa no es la Ley divina del Dios-Hombre.

Cuando Dios firmó la paz con los hombres, hizo flotar en el espacio la silueta de la paloma bíblica; pero los heraldos del triunfo no se vieron; en la cumbre del Ararat, hubo un ramo simbólico de olivo, pero el aire no fué rasgado por el eco de las trompetas vocingleras.

La hora de la fraternidad llegó ya; la hora de las recriminaciones, ya pasó. Yo no lanzo inculpaciones contra nadie. Con los pueblos, como con los hombres, se pueden usar las palabras de Jesús: "aquél que se encuentre limpio, que arroje la primera piedra!"

No hay conciencia de hombre, obra de partido, ni historia de pueblo, que no esté manchada con las sombras del error.

El suelo de Europa es fecundo para producir conquistadores; la Historia lo dice en cada una de sus páginas, y Pí y Margall lo repite en una carta profética. No culpemos a los pueblos; culpemos a sus hombres dirigentes.

Las águilas francesas llegaron hasta el peñón de Gibraltar, de donde las ahuyentó el león británico; y luego, volaron en un vuelo de conquististas, desde las orillas del Sena, hasta las faldas de los montes Urales, donde murieron de frío. Y, los leones británicos, de un sólo zarpa-zo, destrozaron al pueblo heroico de Kruger, y Kronje tuvo el honor de morir en la misma celda en que murió Napoleón.

Pero no; cerremos el gran libro de la Historia, porque sus páginas, llenas están por las inmensas conquistas de los grandes!

Por eso no hago inculpaciones. Porque todos los pueblos están manchados con los mismos pecados y todos los conquistadores, desde el huno Atila, hasta los modernos Alaricos, han cabalgado en las mismas mulas destructoras.

Yo amo la paz, porque amo a la libertad, y ésta sólo puede prosperar bajo el reinado de la Concordia.

Tras de esa inmensa tempestad de acero, que como un gigantesco torbellino asoló el suelo de Europa, viene la calma bienhechora de la paz; y al calor de ella, cobijados por los pliegues de su blanco manto, volverán la alegría y el placer.

Los pueblos volverán a sonreír. Y la carcajada terrible de Mefistófeles se perderá en el espacio enmudecido, y los niños mojados de Anacreonte, con sus risas festivas y traviesas, volverán a llevar el amor a los hogares, cargados con sus haces de flechas eróticas.

Mercurio y Minerva, también tiemblan de gozo. Sus templos, cerrados por Marte intempestivamente, se abrirán de nuevo. El comercio, las industrias y las artes, sienten las palpitaciones de la alegría, y todo, hasta la Naturaleza misma se estremece de júbilo al contemplar la aureola inmaculada de la Concordia.

No debe haber pueblos vencedores, ni pueblos vencidos. Sólo debe haber hombres hermanos que crucen sus brazos fraternales, en los mismos campos en donde hasta ayer cruzaron sus aceros homicidas.

Bendita sea la Paz que devuelve la tranquilidad a los hogares, y el equilibrio de las naciones! Por ella, elevemos nuestros himnos!

Noviembre 11 de 1918.



cuna de la independencia istmeña. Hemos pasado por la plaza a la vera de la Iglesia magnífica y austera.

Por la tarde ha habido clásica fiesta de toros en la que los mozos del lugar han hecho gala de arrojo y audacia y las muchachas han lanzado sus gritos nerviosos y contentas, cuando han visto avanzar al bovino mareado y aterrado por el barrullo, sobre el grupo joven y valeroso.

Hay acá y acullá bailes..... Sin embargo las vecinas de los caseríos cercanos han ido retirándose hacia sus viviendas, riendo a carcajadas de las gráficas insolencias de sus cortejos. Se fueron las muchachas de Chitré, las de Sabana Grande, famosas por lindas hasta en la capital.....

Por el dédalo de callejas estrechitas hemos llegado hasta una casa amiga.

La casa de don Adolfo Quintero. La luz de los quinqués de petróleo surge por las puertas y conquista la acera altísima y un trozo de rúa.

Se oye la primitiva cadencia del tambor. Las oficiantes de la rueda han reconocido entre nosotros, que apenas nos hemos detenido, al Mayor Alemán..... Y en la estancia ha resonado la copla:

“Alfredo si tú te vas” . . .

La canta una bellísima empollerada: una empollerada que tiene la boca como un punto divino y rojo, unas pupilas parleras, unos hombros maravillosos y la galanura de la primera juventud..... Su voz atiplada es deliciosamente rasgada. Una voz incansable que es la base para que los de la rueda digan el estribillo.....

Alfredo Alemán ha saltado del automóvil que hasta la casa nos condujo; ha saltado sugestionado por la música y la alegría de las muchachas..... y ha bailado el tamborito tradicional al són de la estrofa:

“Alfredo, si tú te vas” . . .

Y la encantadora Julita Quintero, incansable, linda entre las lindas, ha repetido una, dos, tres, veinte veces la canción.....

Otras muchachas: hay primores reunidas en la sala ancestral de casa de Quintero donde triunfa el retrato del General Eloy Alfaro emparentado con los señores de ella.....

Es la Rubia a lo Rubens con hombros de leche Rosita Ayala; es Julia Plicet, que porta la vestimenta regional con la prestancia con que una marquesa muy siglo XVIII llevaría un traje de corte por los jardines de Versailles: es Aminta Moreno, distinguida, grácil: es Diana Quintero, figurita gentil con ojos pardos, de fuego..... Es Elida Robles, muy quieta, que apenas hace palmas en la rueda, frágil y delicada para llamarse “merveilleuse” en Sévres.....

Hay en toda la casa en fiesta una galantería sincera, una alegría, una elegancia que hace amable la Villa de los Santos. Es el espíritu de la raza sin las alquímias capitalinas un poco—un mucho—amaneradas.....

Las risas de las niñas a borbotones dicen de felicidad, de vida buena.....

Yo al abandonar la casa del caballeroso don Adolfo Quintero en la Villa sentí esa expresión inexplicable de las cosas muy gratas . . .

El dédalo de callejas que de madrugada no alumbran más que los farolillos mágicos de las estrellas, me pareció el de una ciudad encantada.

No había un alma en la plaza.....

Y el camino de Chitré, era el sendero que nos alejaba del cielo....

Mayo, 1922.